

Espina del tiempo

Antología personal

SUMMA DE DÍAS reconoce y celebra la trayectoria de autores nacidos o radicados en el Estado de México, a través de antologías personales cuya versión impresa se complementa con el testimonio de la voz viva, de tal modo que los lectores puedan acercarse, además, a los ritmos y registros vocales de cada uno de estos autores representativos de la actual literatura mexiquense.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS

Summa de días

JOSÉ FRANCISCO CONDE ORTEGA

Espina del tiempo

Antología personal

Prólogo

EDUARDO CERECEDO

Foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Consejo Editorial: Efrén Rojas Dávila, Raymundo E. Martínez Carbajal,
Erasto Martínez Rojas, Carolina Alanís Moreno,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez, Marco Aurelio
Chávez Maya

Secretario Técnico: Agustín Gasca Pliego

Espina del tiempo. Antología personal

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2013

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© José Francisco Conde Ortega

ISBN: 978-607-495-279-7

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración
Pública Estatal CE: 205/01/74/13

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

EL TIEMPO COMO EQUILIBRIO
ENTRE LA MATERIA Y EL ESPÍRITU,
JOSÉ FRANCISCO CONDE ORTEGA

En el año de 2001, la Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, en su Colección Libros del Laberinto, edita *Práctica de lobo. Poesía reunida, 1985-1999*, de José Francisco Conde Ortega; 10 libros de poesía contenidos en un volumen bien cuidado donde cada poema tiene su espacio, su propio territorio para asignarle a cada cuerpo lingüístico la virtud poética. José Francisco Conde Ortega ha ido caminando sin prisa, con cautela, el ritmo lo marca la cadencia de su pulso; el poeta ha observado el tiempo, entra en él, se sumerge, sale renacido para volver con ojos limpios a su circunstancia. El amanecer, la mañana, el correr del día, la tarde, la noche son escenarios donde la palabra se vuelve tiempo, lo retiene para que aparezca la dama, la mujer amada, porque el amor cobra al tiempo su designio. En eso se iguala al poeta Rubén Bonifaz Nuño, al centrar su condición de paria ante la belleza femenina: el mundo tiene valor porque se ama. Expresión que se justifica en *Fiel de amor*, si antes ya nos había sorprendido con *Práctica de lobo*, ahora vuelve a hacerlo con esta selección de poemas de corte amoroso, editado por Praxis en 2009. No obstante ser un volumen breve, están los poemas que deben quedarse, pues son frutos cuyo tratamiento erótico conduce al movimiento amoroso; movimiento estático, donde la reflexión es el fruto de enlace con la historia.

El poeta ha iniciado el andar de su escritura de manera ascendente, quiero decir, que mantiene esa congruencia de

creador con la vida en la que participa en sociedad, como poeta ajeno a becas, a participar en los premios de literatura cercanos a los gobiernos como instancias culturales. En 2012 declinó el Premio Literatura Estado de México. Sin embargo, aceptó un homenaje en la UAEM coordinado por un poeta, amigo suyo, desligado de la Universidad; así como el homenaje que le rindió el Instituto Nacional de Bellas Artes, también en 2012, por sus sesenta años de vida.

Así es el hombre que camina en su escritura, línea imaginaria de tiempo. Saludable es, por supuesto, que el poeta haya reunido una antología cuyas vertientes estéticas favorecen ese espíritu creador que lo ha llevado a facturar libros ya indispensables para la literatura mexicana, como lo son: *La sed del marinero que regresa*, *Los lobos viven del viento*, *Rosa de agosto*, *Codicia de la calle*, por citar parte de su bibliografía como autor, además de *La esquina de los hombre solos* (crónica). Los poemas seleccionados que integran el presente volumen fueron tomados de 12 libros, 10 de ellos contenidos en *Práctica de lobo. Poesía reunida 1985-1999*, a los que se suman *Cuaderno de febrero* y *Fiera urgencia del día*. Un mosaico poético —para satisfacción de sus lectores— que José Francisco Conde Ortega ha reunido.

El presente compendio es el segundo, antes había editado —como arriba cité— *Fiel de amor* (2009), poemas de tema amoroso. Ahora a esta antología la nutren poemas donde aparecen los ejes poéticos y temáticos que son la fuente cardinal de su poesía y que le han ayudado a manifestar su pensamiento en el quehacer con las palabras. Por supuesto, el trato con el verso libre lo ha llevado a conformar un lenguaje rejuvenecido, conocedor de las formas clásicas, aquí da muestra de ello y lo confirma en el libro *Fiera urgencia del día*, poemario dedicado a sus amigos, maestros y a sus seres queridos; es el soneto la

forma que ha utilizado para expresar ese agradecimiento por el don de la vida y de la amistad, a lo que ello refiere. En este volumen surgen la conciliación del amor y sus consecuencias: la soledad, la tristeza, el odio cuando es el caso, la alegría, el coraje, el abandono, la muerte. El tiempo como equilibrio entre la materia y el espíritu. Estos elementos que viven y conviven en el ser humano le han ayudado al poeta a conocer el triunfo y la miseria humana en que se encierra el hombre para mirar a veces su condición de mortal.

En ese mundo cotidiano, la poesía de Conde Ortega cae al alma, como una cucharada de frescor o como el amanecer de un día lluvioso, donde el sol aún tierno se deja mojar por la luz que ha ganado resplandor. El poeta saluda al nuevo día y expresa: “Todavía es octubre / y una hoja sin viento / quedó como dormida / bajo tu clara sonrisa”.

El poeta no teme decir lo que siente ante la mujer hermosa, he aquí la belleza de sus versos, la claridad de sus palabras para formar el mundo que ha conquistado con su voz. Cuando el artista no está de acuerdo con su universo, con los años, con los días, con su geografía, entonces crea su propio mundo para asombrar, de esta manera se congratula o se aleja de sus lectores; su congratulación es en beneplácito de quienes lo hemos leído. Veamos otra manera suya de observar el tiempo: “Un milagro que nace de la noche. / Y cada alba es oro; / y oro y luz, la madrugada”.

Esta presencia retenida lo justifica como observador del instante, porque la mujer que ama ha compartido con él el tiempo, un instante, por efímero que sea, le convida algo que lo hace real y bondadoso con sus semejantes. Así ha ido ascendiendo la poesía de Conde Ortega, en cada volumen que pone en librerías del país.

Abundante en temas es el contenido de esta antología poética, como para que el lector haga justo ese deseo ferviente del poeta de recitar de memoria no sólo un verso, sino un poema, para recordarlo, y así no sea en vano su paso entre nosotros. Pero en el caso del poeta nacido en Atlixco, Puebla (en 1951), aún tiene una veta que trabajar con medida, así lo ha venido realizando con su poesía, como en otro tiempo escribió Jaime Sabines: “Todo se hace en silencio. Como / se hace la luz dentro del ojo”. Qué más se le puede pedir al creador, sino que continúe con esa labor, la del espíritu, al plasmar su vida, sus deseos, sueños, con lo que trae dentro, ponerlo en la balanza de la vida cotidiana. Para seguir probando esos frutos terrenales que a veces se le niegan o se le rebelan. Veamos qué nos dice el poeta al respecto: “Vemos pasar a las muchachas. / Tomamos ron, agua o cerveza. / Jugamos con nuestro reloj de arena”.

Allí la visión del poeta expresa algo fugitivo; los verbos llevan el ritmo de la marcha, el tiempo corre dejando ese vacío del momento. La imagen de la clepsidra cierra de manera puntual la idea fugitiva de la escena. Por tanto, en *Espina del tiempo* el poeta nos lleva por los distintos momentos de su creación. Sirva esta antología para que se refleje un tiempo, una historia espiritual, una geografía cotidiana que el poeta ha sabido capturar con su oficio, el de la escritura, haciendo de las palabras un lenguaje peculiar, dotándolo de frescura y asombro en cada poema. Aquí el poeta, compartiendo su palabra, su voz y su presencia.

EDUARDO CERECEDO

México, D.F., Primavera de 2013.

*Para Sandra, tiempo sin espina;
a Fabiola y Jesús Francisco;
a Fernanda, Memo, Laura y Mario;
a Ana Karen, amanuense cibernética.*

De
Vocación de silencio
(1985)

VÍSPERA DEL SILENCIO

Víspera del silencio.

—Aquí es—,

aquí donde la pareja

(¿nosotros?)

caminamos al borde del abismo.

No es de nuevo la sed

o tu nombre reventando los tímpanos.

Es, acaso, la memoria nocturna,

la historia de los amantes

y de los nombres

—dos tan sólo— tan solos

que buscan su camino

en el aire que inventa la noche.

TODAVÍA ES OCTUBRE

Todavía es octubre
y una hoja sin viento
quedó como dormida
bajo tu clara sonrisa.

Entonces
repasé tu nombre
lentamente
y te encontré distinta
en cada letra.

NO ES EL OLVIDO

No es el olvido, amor,
el que auguramos
cuando la tarde declinó
en aquel diciembre;

no es tampoco la lluvia
o el sol,
sino la suerte de tu cuerpo
y de mi cuerpo.

LEJOS DEL DÍA 13

¿Estabas triste? No lo sé.
Pero en tus cabellos de lluvia
volaba una paloma
escapando del crepúsculo.

Nada me dijiste
y parecía que soñabas.

Creo que estabas lejana
por la gente, el tumulto,
los lugares comunes.

Estabas triste
y ausente de todas las palabras;
lejana como un sueño
de palomas olvidadas
entre las ásperas tardes
y la lenta lluvia de junio.

VOCACIÓN DE SILENCIO

Cuando el viento agita las palabras
un rencor de siglos
acecha al crepúsculo,

entonces te vuelves héroe sin espada
y voz que duerme en otro tiempo
entre todos los mares de hojarasca.

Las manos y los sueños y los ojos
se visten de miseria en nuestras calles;
descansan, paladeando la derrota,
el amparo de siglos de silencio.

Y las sombras que avanzan vigilantes
nutriendo su esperanza de espejismos;
y el olvido que sube hasta los huesos.
Y una estrella que muere solitaria.

NEVER MORE

Es como caminar descalzo
por esas agotadas calles
llenas de lluvia.

Sentir el agua de la noche
sobre el cuerpo
y sonreír.

Y hacer de la sonrisa
un escudo impenetrable,
como mi voz, tu voz:
nuestras voces
repitiéndose en cada charco,
en cada gota;
en cada cuarto de hora;
en cada luna nueva.

CADA PALABRA TUYA

Mientras las horas pasan
y se mueren
cayendo sobre el lento otoño,
el fuego de tus ojos recuerda tu palabra,
tu voz sencilla y ávida,
tus manos saciadas de infinito.

Y cada palabra tuya es otro aroma,
otra lengua quizás,
otro —renovado— intento del alba.

Por eso cada hora contigo,
cada sonido de tus labios
es una brizna del mar
o un perfume de volcanes
bajo los ecos extraviados
de una tarde que,
lejana ya,
parece que revive en tu palabra.

LA MUCHACHA DEL METRO

La muchacha del Metro,
a la que siguen, inéditos, todos
los ojos en secreto;
la de los pantalones
que seducen la mano masculina,

recibe, sin saberlo,
muchos cantos de amor que nadie oye;
tristes, cansados versos
de obsesivos poetas
en brutal desamparo de su cuerpo;

y reclama también
esa obscena mirada del vecino
que, sin querer hacerlo,
por miedo a sus caderas
—tan dignas, como tú, de mis abrazos—

buscó, tal vez, sus ojos
traviesos e indiscretos, o inocentes,

que la angustia burlaron
del débil lujurioso
capaz del arrebatado de los celos.

A ti otra vez, muchacha,
que hueles a perfume tan barato,
a todas las codicias
y a crisantemos tristes
te buscaré, quizás, en otra hora;

te buscaré otra vez
con el sable de amor desenvainado,
buscando completar,
en un duelo feroz,
el ritmo sideral de tu cintura.

Tú, querida muchacha,
recibes homenajes y mis versos,
frescos retos de amor,
caricias atrevidas
por tu rotundo cuerpo de bacante.

PERMAGNUM

La verdad es que me duelen los ojos
y no quiero habituarme.
La necesidad es que las manos me duelan
y que no pueda curarme.
Lo insensible de mis líneas
es lo que me vuelve apático,
y tiro de mis débiles fuerzas
con la extraña voluntad de perdonarme,
de sentirme cielo-mundo en movimiento.
Porque quiero volver de las sorpresas,
detenerme en todas las esquinas
y ser el color de todos los cabellos,
para estar en el vuelo de las moscas
y en el rito de todos los soles.
Poder ser afluyente, río
y mágica falda de montaña;
y acaso, también, nube de fuego;
y dolor, verdad, necesidad de concordarme,
para después... después...
La verdad es que me duelen las manos.

MÁS QUEMADURA

*A la decantada,
amazónica hora*

Tu desnudez, amor, es quemadura
que declina su brasa en mar aciago;
es, también, la bandera sobre el vago
venero de tu piel: arboladura

calcinada en tus pechos: quemadura.
Tu desnudez esconde la violeta
en tus muslos ansiosos, y es la meta
de mi asalto feroz: desgarradura.

Tu desnudez es mar en que navego
vencido de antemano y por entero.
Es tu desnudo mar a donde llego

escaso de mi ser y de mi fuero:
son tus muslos el mar en que navego,
y descubro en tu cuerpo el sol entero.

NOSOTROS

Hay un idioma que los dos sabemos:
es una lengua antigua, tan sencilla
como el viajero fiel que ve la orilla
en una barca sin timón ni remos.

Es tu mirada cuando estás ausente
o mínima señal desde tus manos;
miseria estéril de sonidos vanos
o inquieta soledad entre la gente.

Es esa flor cristal de tu palabra
que desnuda el silencio de secretos;
es la violeta que en el aire labra

nuevos nombres a todos los objetos:
la puerta inerme que, obsesiva, abra
la voluntad común de labios quietos.

SIN TU NOMBRE

Un poema de amor es lo esperado
en cada noche que descubro a solas;
es la palabra que se va en silencio
cayendo de los árboles de otoño.

Es la nostalgia en la colonia Roma,
las tardes de un octubre siempre nuevo;
el rabioso recuerdo de tus ojos,
la presencia, sin ti, de tus palabras.

Es la calle distinta sin tus pasos,
otro vestido, sin tu cuerpo, inerte:
la inútil tarde fría sin tus manos.

Es una charla de café olvidada,
palabra repetida hasta el cansancio:
tu nombre pronunciado sin quererlo.

CLAUSURA

Zarparemos los dos cualquier mañana
por los mares poblados de violetas;
bordaremos las llamas de tus ojos,
el lento mar será una tumba gris

sobre mi escasa voz y tu mirada.
Partiremos, amor, por otros rumbos
que no serán ya más los de nosotros;
amor, en otro otoño no estaremos.

La tarde buscará otra vez el ruido
de la gente: la cosas que dijimos:
el agua más remota del recuerdo.

Tu clara voz perdida en esos mares
que agotamos a fuerza de palabras.
Y no estarás, amor: ya no estaremos.

De
La sed del marinero que regresa
(1988)

I. ANACREÓNTICAS

LA HORA

La hora exacta del licor,
la certera copa
donde nacen los milagros;
donde caben el amor y la ternura:
la lúcida destrucción de la mañana.

Es un impostor el sueño
y todo se sabe y todo es fácil,
hasta la quieta soledad.

El dominio de la sed: la flama
que impone y no su señorío;
la prometida urgencia: los fragmentos
de la noche ferozmente consumida.

La hora exacta; la espera
que completa los minutos.

Un milagro que nace de la noche.
Y cada alba es oro;
y oro y luz, la madrugada.

UN TRAGO DE RON

Para Arturo Trejo

Sabia caricia,
dulcísimo pan como labios de muchacha;
tacto de primitiva flor
y *apenas una breve fiebre.*

Un invierno junto al fuego
y tibios pechos de manzana;
una tarde de febrero
y la fresca luz por los cristales.

Un poco de licor es, también, sonrisa
y tus dientes apretando mi piel.
Es la victoria.

(Una sílaba comienza a deletrearse.)

CERCA DE LA ORILLA

Para Emiliano Pérez Cruz

Cerca de la orilla
los labios son tímidos guerreros
y codicia los dientes.

La boca se vuelve mar
y una fiesta salada.

La distancia repite imágenes
de bocas urgentemente dulces,
de ojos ávidamente oscuros,
de brazos rigurosamente amados.

Cerca de la orilla
los labios inician el ataque
y la codicia es triunfo.

El vaso o la botella quedan vacíos
y la distancia es sal.

(Un ángel inocente midió la pausa
muy cerca de la orilla.)

CANSADO DE ESPERAR EL ALBA

Para Ignacio Trejo Fuentes

Cansado de esperar el alba:
la sed es frío
y frío el cristal de la cerveza
amarga como lágrima a las tres de la mañana.

Luces torpes y niebla de palabras
aguzan cada esquirla de la noche.
(El cristal puede romperse
y entonces el frío insoportable).

Lentamente nace el alba.
La sed es una orgía de sal,
un espejo moribundo: una ronca voz
que araña las cerradas puertas.

El cristal es fresca pausa,
tierra promisoría; condolencia apenas
del que inicia
—fiero cristal, esquirlas, frío—
la prolongada espera de la noche.

MUJERES

Tienen el cabello largo
y la piel dorada por el sol.
Platican quedamente
y sonríen
cuando el aire levanta sus vestidos.

Es miel su dorado pecho
y hormiguero su vientre.

Los domingos se adornan con flores;

en sus risueños ojos
la sabiduría del amor
es la llave que promete
los secretos guardados
en la profecía de la noche.

II. FIEL DE AMOR

TUS MANOS

A mi esposa

Tibias como fiebre que empieza,
tus manos, refugio y ofertorio
donde se adelgaza mi sed;
aristas donde caben
los cuatro puntos cardinales;
prodigio —y humedad— que circula
mi piel para mi asombro.

Ebrias de la luna, tus manos
aíslan a la noche cuando,
sabias, rozan mi vientre;
y, entonces,

la música del tacto de tus dedos
recoge el inicio de la llama,
deletrea mi sed y tu ternura;

y juntamos nuestros cuerpos.
Y tu fiebre es ceniza entre tus piernas.

TU BESO

Tu beso, fresca sal, licor
que sube del silencio.

Tus labios atisban el beso
y lo convierten en fiebre y humedad:
en mar de arena.

Tu beso, final escolio
en las letras de mi nombre.

CON TODOS LOS SENTIDOS

Con todos los sentidos
dispuestos valerosamente al beso,
miro tus labios y me detengo.

He tomado vinos más fuertes;

pero temo morder tus labios
porque puedo quedar ahíto.

O dejar muy poco en ellos.

TU CUERPO

Tu cuerpo tibio y joven
reúne el viento de la noche y la nube
—vértigo que ignora su camino.

Tu cuerpo dirige mi sed
y me palpo gozosamente nuevo:

el roce de tu piel sobre la mía
hiere las paredes de este cuarto.

SANDRA

La palabra también es una herida
bólido geranio en la ventana abierta,
y una gaviota sobre el azul;

es una certera sombra y un sonido:
una historia sin final cuyo principio
envenenara la cadencia del aire.

La palabra es una urdimbre y un error:
una apuesta perdida
por el corazón petrificado
en la sílaba final de Sandra.

TU NOMBRE

En cada noche tu nombre
y en cada día.

Somos música y tiempo nuevo.

Tus pechos como palomas con frío
llegan a mis manos.
Y el tacto es breve,
y breve la certera fiebre.

POR LA VENTANA

Por la ventana entra el frío;
en cualquier rincón se queja
y apagamos la luz.

Oímos los ruidos de la noche
—pasos al filo de la prisa; besos
detrás de las puertas; un llanto apagado—.
Entra un poco más de frío.
Buscas con tus pies mis piernas.

Cerramos la ventana.

TU CASA

Ésta es la casa que se viste de ti,
que celebra tu respiración
y protege tus manos; es pequeña,
sabe nuestros juegos
y algo de tu morena piel.

Es una breve casa
que tiene solamente
un poco de nosotros:
los silencios, la sorpresa;
la novedad que vive todo el tiempo
en tus ojos de paloma rigurosa.

En sus ventanas perduran
tanta noche y tanto día
que la pequeña casa se viste,
para ti,
con la sabia urgencia de mis pasos.

CARICIA

Ensayar sobre tu espalda la caricia,
nueva vuelta del sol; los secretos
de tu piel para mi asedio.

El tacto prometido; la certera
insignia de tu axila. Otro juego
que comienza cada noche.

La primera tibieza. Comenzamos
y tu cintura oscila lentamente:
tu cuerpo es flama entre mis dedos;
la ansiedad primitiva es beso.

El asedio momentáneo ya descende
—otra vuelta del sol—; ya no sabemos
cuál es el secreto primigenio.

La llama es brasa; tu espalda
reposa satisfecha entre mis brazos.

NO DESTRUYAS MI SED

Tu sonrisa es una isla
donde apago la sed
que nace del camino;
arena tu sexo, espejo que decide
la victoria y la derrota.

Tus ojos, silencio y espejismo,
como el agua de tu piel
sobre mi vientre.

No destruyas mi sed,
es un escudo sobre los pasos
del desastre
que, en lugar de la sal desconocida,
aviva la inclemencia de mi sombra.

No me prodigues el río de tu vientre.
Sólo quiero intacta mi sed,
y la certidumbre
de que mi nombre es brasa
cuando hacemos el amor como demonios
y la mañana inicia otro naufragio.

III. LA SED DEL MARINERO QUE REGRESA

LA SED DEL MARINERO QUE REGRESA

En tu frente descasan los insomnios,
en tu voz conocemos las palomas
y el rumor contenido de las calles.
Nace quieta la lluvia del otoño,
silenciosa en la noche más entera.

Caminas entre gente y amapolas,
de tus párpados nacen los milagros
como olas satisfechas de la espera
en las torpes arenas de la ausencia.
Deshaces a la noche cuando emerges

del acuerdo pactado —la vigilia—;
y el calor de las calles y las hojas
—en blanco casi siempre y casi todas—
regresan a nosotros cada tarde
que inventamos a fuerza de nombrarla.

Quizás te pida un poco de silencio;
acaso, amada, tu nocturno pecho
o el fresco pan de trigo de tus labios;
aquellos odres nuevos de tus ojos;
cualquier razón de la melancolía.
Tal vez la música que desconozco,
los cantos de otros pájaros sin nombre:
la sed del marinero que regresa.

EL OTOÑO TAMBIÉN ES UNA ISLA

*A Guadalupe,
que no Sandra*

El otoño también es una isla
y en su polvo tenaz vive tu nombre.
Por eso cuando digo Guadalupe
no espero que te sigan mis palabras
para que tú no sepas que te quiero.

De todos modos tú me entiendes:
nuestra isla, de meses o de horas,
abre sus puertas a tu fresca piel
cercada de palabras imprecisas,
dueñas de otro silencio inalterable.

Entonces esos juegos que inventamos
sobre las calles nuevas y la hierba,
todos los besos y los claros días
(tacto y tiempo reviven el otoño),
esa tarde que viene hacia nosotros
saben que cuando digo Guadalupe

—o Sandra nada más, todo es lo mismo—
invento más perfiles al silencio,
otra manera de decir te quiero:
una ruta certera hacia tu cuerpo.

LA DAMA DEL TANGO

A Lucio y a Tolín

El polvo de los años, la garganta
contrita por la ausencia y el olvido
conmueven a una tarde solitaria;
(unos cuerpos hastiados de la noche
celebran *Cuesta abajo* y el *Ladrillo*).

Las bancas solitarias, vendedores,
remedos de nostalgia y la vigilia
aplauden con denuedo tu talento,
celebran en tu canto la miseria
del silencio ominoso de la tarde.

Afuera de la carpa pasa el mundo
despertando a las cinco de la tarde;
y futbolistas ebrios y despojos
—tal vez amas de casa resignadas—
no conciben el sol ya sin tu canto.

Los tangos y el licor llenan de vida
el tedio consumado de las carpas.
Y tú. Dama del tango inevitable,
matizas con tu voz nuestra memoria
desierta en la nostalgia del silencio.

RÍO BLANCO

A Luis Pliego Cervantes, i.m.

Las calles de La Joya o Río Blanco
—y “Una canción” también, seguramente,
como segunda casa de Alejandro—,
la acera de Socorro o de Virginia
verán por ti la insoportable ausencia.

La madre milenaria y su Venancio
—porque el buen Serafín, antes que tú,
rindió su sol a toda la colonia—
inician la plegaria en su covacha,
donde tortas grasosas y Victorias

enriquecen de vida a tanto ebrio:
no caben más cervezas que en tu cuerpo
en esa mesa ahíta de borrachos.
(La muchacha bonita de la fiesta
entristece de tedio en esta noche.)

Sólo quedan tus hijos, tal vez Rita,
asumiendo las calles obsesivas;
sólo queda mirar hacia otro lado
cuando el verbo imperioso de la muerte
se resguarda en el nombre de otro tiempo.

SÓLO UNA VOZ

A Fidel Salcedo Yáñez, i.m.

Una cerveza, Fidel, una muchacha
—y una guitarra tocada torpemente—
tienen el agrio sabor de la nostalgia.
Nuestros amigos, las fiestas, las parrandas

nunca fueron comprendidos por la muerte.
El silencio —diurno ahora—, la distancia
entre los ríos de alcohol que no acabamos
dan los pasos, la serena certidumbre

de encontrar sólo en los ojos de mujeres,
que aprendieron con nosotros, ese rito
que ascendiera de las manos a los labios.

Una botella de ron, una ampolleta
y Coca-cola (si todo llega adentro
—nos dijiste—, todos vamos a morirnos
cuando el jefe se acuerde de nosotros).

Una cerveza, Fidel, una guitarra.
Y una muchacha con ojos de gacela
pedirá seguramente que le cantes
con la voz que ahora nadie reconoce.

FAJA DE ORO

La misa de siete los domingos,
el futbol, el fijo itinerario
por calles sabidas de memoria;
un cigarro oculto entre los dedos.

Y la esquina, el poste que señala
la falda, los pasos de una joven
que en su pecho adolescente lleva
la voraz mirada quinceañera.

Las eternas tardes del verano
—pues nunca termina la semana—
incendian los pasos escolares,
la ciega ventana oscurecida.

El sábado hay fiesta en la colonia:
frescos labios, peces en los ojos,
sale la muchacha por mis calles.

Los amigos silban una seña:

la tarde florece en la esperanza
del nervioso tacto de las manos
y del beso rápido en la esquina.

Después la victoria celebrada
entre amigos; bromas, cosquilleos.
Y el remordimiento del domingo
(en la misa de siete —junto a ella)

porque sé que el vicio solitario
es terror, pecado: penitencia.

34 AÑOS

*A José Alfredo Jiménez,
a Lucio González, también poeta*

“No pases por Tlatelolco, que ahí me hiere el recuerdo”,
dice Lucio, y todo parece un juego.
Pero son veinte años, o más,
de compartir la ciudad y otros caminos.

La tierna borrachera adolescente
(y la cruda, y el remordimiento; los sueños
en flores para ellas
que tenían el corazón de fruta breve)
también nos enseñó que en Tlatelolco
los bárbaros soldados y la sangre
no secaron los limpios labios
de muchachas con manos generosas
y claros cuerpos de violeta.

Acaso lo que duele es la distancia:
nuestros muertos y los de ellos
comienzan a pesar.

Las casas tienen otras puertas
(un niño se asoma a la ventana)
y pensamos otras calles; y es lo mismo:

la ciudad parece —y es— otra.

Leemos un poema; como un juego
que estimula y desalienta nuestros años
glosamos al poeta:

“No pases por Arquitectos, que allí me hiere el recuerdo.”

OTRO REGRESO

Si navega en océano de edificios
esta vasta ciudad que se desangra
en el ritmo de un sol casi en penuria,
no encontraremos monstruos, sí la noche
erigiendo fantasmas en las calles.

Yo estoy aquí, ciudad, también mi nombre,
injusto corazón para tu suelo;
y ella también, ciudad, está conmigo,
con su tierna sonrisa, con sus ojos
ingenuamente tristes. Se oye el viento.

Volvemos de la sed todos los días:
ni el ruido de la noche, ni sus luces
apagan la nostalgia de la aurora.

Ya no espero, ciudad, aquel instante
del venero fresquísimo del alba,
en que al buscar tu rostro en el asfalto
sin remedio volvimos al principio
de la sed que obsesiona nuestros cuerpos.

ELEGÍA

A César Rodríguez Chicharro, i.m.

Leer la calle es leer la piedra
y el retrato del aire.

Es, cuando la luz resume las figuras,
madurar las huellas sobre la tierra seca.

De otro modo es la noche
cuando no se sabe que es otoño
—con sol o frío— o primavera.

Es imaginar la angustia
y el borde de la ausencia.

Es leer y no encontrar respuesta;
perder, en los ruidos de la noche,
las sílabas que llenan muchos nombres.

Es leer y no entender qué pasa
cuando la piedra calla y se estremece
y el aire busca inútilmente sus espejos.

Leer la calle es leer la piedra
y perder el respeto a la palabra;
es decir: Ciudad, qué diablos,
no te conozco a ti, sino a la muerte.

IV. FILIALES

SUS JUEGOS

A mi hijo

Esa mirada urgente y dulce.

Ese preguntar
ávidamente:

—¿Verdad, papá, que la voz es la sonrisa?

Y decir que sí.

Porque su verdad no admite demoras
y es ley que decide
sus pequeños juegos.

Y de nuevo

su dorada, tierna voz:

—¿Verdad, papá, que mañana
me vas a comprar un sueño...?

UN FILOSO EQUILIBRIO

Un filoso equilibrio
entre la gente.
Por la ventanilla
de un vagón del Metro
un niño ha perdido su globo.

Pienso en mi hijo y lo extraño.
(Sólo por unas horas no sé
qué ha pasado con sus juegos.)

El hilo se me escapa.
Llegamos a otra estación.

(Por qué es tan largo el día.)

Compraré un gran globo de colores
y jugaremos mucho tiempo.

El hilo bien atado a nuestras manos.

MILAGRO

Una fiesta tus pisadas diminutas:
trigo y pan multiplicados.

Caes y lloras; luego sonreímos.

Es el milagro
de los dos años y meses
cuando, aquí y allá,
desordenas el silencio.

MI SOBRINO

Jorge tiene seis años
y la inocencia de los juegos descubiertos,
y la prisa por el tiempo que no llega.

Nació en noviembre
bajo el signo de Escorpión,
como yo —y un signo después
que el de Rimbaud, dice Vicente—;
llovía apenas
y tal vez un poco de frío
matizó su risa.

Jorge tiene seis años
y la recóndita inocencia
de los años que faltan por venir.

De
Para perder tus ojos
(1990)

SIEMPRE NUEVA

Fuentesanta:
¿Tú conoces
el Metro?

EFRAÍN HUERTA

Sabe que escribo versos,
que conozco el mar
y que me gustan sus ojos.

Sabe que estamos de acuerdo
—a veces—,
que me gustan sus cabellos libres,
su voz
y su sonrisa siempre nueva.

Sabe, también, que busco
el alba de sus ojos,
su cuerpo claro.

Sabe que me gustan sus frases ocurrentes,
su inviolable afán por ser distinta,
su graciosa actitud clasemediera;

que me gusta su adivinable dulzura
por teléfono;
que amo sus manos infantiles
y el espejo de su cuerpo.

Sabe que es la joven-niña
de mis sueños y sus Sanborns,
de sus charlas de automóviles,
de su cotidiana fantasía.

Sabe, desde luego, que amo amar
todas sus cosas y sus gestos,
sus largos minutos de silencio,
sus inermes respuestas estudiadas.

Sabe, en fin, que la infalible sorpresa
de la noche
me anuncia la evidente vocación
de ser un filósofo irredento.

CELEBRACIÓN

Es de noche
y sigues siendo mi amada medieval
bajo el signo del amor cortés.

Es otra noche de julio
cuando el escudo de Amadís
convierte el vino en luna llena;
tus ojos cruzan el arco de los leales amadores
y tus labios deciden el triunfo
en esta corte de amor.

Es la noche de la ternura inacabable,
de tu fresca piel bajo mi espada;
la noche del triunfo de los cuerpos
y de los vinos en francés.

Es tu noche, y del poeta
—o algo así—
que amó otra vez tus manos infantiles
que abrieron rutas en mi frente
y mis cabellos.

Es tu noche, amor;
es nuestra noche.

TARDE

Afuera no pasa nada...
nosotros abolimos al mundo
en los giros del silencio.

La tarde busca otra pareja
y no vale la pena pensar
que son las tres y media
y juegan las sonrisas en la calle;
que habitamos otro espacio
y es tu hora de salida.

Creo que nada pasa,
pero el viento de agosto
brilla en tus cabellos;
y entonces eres tú,
tu clara voz
y tu sonrisa siempre renovada.

ASÍ FUE

De qué relámpago bajó tu voz,
hacia qué olvido;
entre sombras, sobre cuáles
tus sílabas se dispersaron.

Qué palabras y hacia dónde
buscaron el silencio.

Qué silencio
apresuró tu nombre
hacia el olvido.

CALLE DE GANTE

Adiós calle de Gante.

Tan llena de ti.

Eran nuestras palomas de agosto
con el sol del mediodía;
la gente llegaba de todas partes
y —otra vez— el mismo viento aliado
hilando tus cabellos.

Eran tu mano, las palomas
y el breve saludo vespertino
en tu sonrisa.

Unas campanas llenaron el aire
de la tarde.

Toqué tu fresca piel,
y dijimos un adiós
más triste que esa calle,
ausente,
sin palomas.

DESCUBRIMIENTO

Dijiste que eras distinta
y no fue cierto;
eras tan común.

Nada extraño tuviste,
sólo que tú no lo sabías.

DESAMPARO

Desnudo de ti quedo, amor,
en esta espera
en el verbo de tu cuerpo.

Desnudo de tu nombre
y de tu sed;
sin ninguna caricia entre mis manos,
sin la palabra que aromó tu aliento,
ausente en este sitio
reclamo tu voz,
para no olvidar las calles que ocupamos,
ese lugar que sabe nuestros cuerpos,
las tardes que siguieron nuestras voces.

Para saber de ti, amor,
me pienso y te descubro
sin sed ni sueño.

Amor, para saber de ti
me quedo en este sitio.

PLAGIO

¿Qué pasa?
Sólo que te amo,
que tu ausencia me ha dañado;
y que la ciudad, sin ti,
ha quedado vacía.

Eso es todo.

Aunque, la verdad,
no es para tanto.

HOMENAJE

Es tarde y llueve mucho.
(¿Recuerdas el poema de Vallejo?)

Mientras escribo estas líneas
afuera llueve.

En cada verso mío
y en cada gota de agua
se advierte el perfume
de flores extrañas;
o destacan marionetas
inventadas en una pesadilla;
o duendes que habitan ciudades en ruinas.

Llueve mucho,
es sábado,
y el verso es como una gota
sin sonido.

FILOCLASTA

Es tu figura
tan ajena a Zurbarán y tan cercana
como el nombre de la calle donde vives,
por cuyas aceras transito y las desgasto
borracho de infinito y de agrías albas.

Ya lo ves, cariño,
la imaginación
es más grande que la vida.

MANDAMIENTO XI

En verdad te digo:
no podrás olvidar nuestro evangelio,
ni transformarlo.

No negarás mi amor
ni tu mirada
o los dos sabremos del olvido.

Tú decides.

PLAGIO II

Muchas palabras sabes;
y hasta dices cosas
de amor y desamor.

Pero no te creo,
porque tal vez
todo lo que digas
se esfume como onda de agua
movida por el viento.

AUSENCIA

Es sencillo:
si te digo Amaranta
o flor,
un atento olvido
y una ausencia de caracol
deshacen la nostalgia del alba
en todos los relojes.

Hacia las tardes ambiguas
las palabras no se tocan
—no te tocan, alcanzan,
habitan, ciñen.

Pero Amaranta
o flor;
alba entera
o caracol,
la misma ausencia cotidiana

dejó su luz sobre tu nombre
que sabe,
desde siempre,
a olvido.

DECLARACIÓN DE FE

Ya no recuerdo
tu voz de claro timbre,
o tus manos frutales
despiertas a la noche;

nada me dice tu voz
cuando saludas.

Tu nombre
es ya lugar común
entre los nombres.

De
Los lobos viven del viento
(1992)

I. LOS LOBOS VIVEN DEL VIENTO

1

La hoja de papel
es una lluvia de grises,
una banqueta,
cualquier pared sucia de orines.

Muda, huérfana de líneas,
detiene la mirada
que busca recoger algún señuelo.

Cripta de palabras su blancura.

Una hoja de papel
que no regresa la voz y sí el espejo
—charco cegado por aguas en reposo—

sirve, acaso, para mirar la noche
en cada punto de luz.

Un papel es una mentira
que debo creer sin discutirla.

La camisa es una forma de comenzar el día.
Su cuello permite conocer tu edad
y lo que debe permanecer oculto.

Nada se parece más a un hombre
que su camisa cuando la deja,
por la noche,
en los rincones que nunca se ven.

Pero comenzar un día
no tiene sentido sin camisa limpia;
sin los humores que sabes de memoria;
sin el jabón que se queda y hierde tu piel;
sin las dos arrugas
como huellas del insomnio
que alimenta tus rutinas.

Una forma de comenzar el día
es mirarte al espejo y adivinar,
en la tela feroz sobre tu cuello,
cómo será de noche ese otro cuerpo

que se aventura, por ti,
en la esperada novedad
en las horas gastadas desde siempre.

En vidrio que uno ve secarse
van gastándose las horas.
Nada se parece a la historia
de sed y olvidos voluntarios.

Una broma de la memoria.
Y entonces la mañana es víspera
que acoge los remordimientos:

el juego se repite muchas veces
y es arena que busca distinguirse
en el descaro de una playa imaginada.

Entonces regresar
y sorprender el vidrio intacto;
y en el prodigio de un minuto
saber de los pies entumecidos
por el tacto feroz del mismo suelo.

Los lobos viven del viento
que conocen como nadie.

Llenan sus pulmones con la noche
y caminan y descubren edificios,
caras, palacios ofendidos,
huellas de pasos y de polvo:
madrugadas a punto del hastío.

Por eso son cazadores
que abandonan los restos de la pieza
—la codicia es un bien nunca aprendido
en la estricta permanencia del acecho.

Aire no; sólo aquel viento
que llena los oídos y los ojos,
deja su frescura en la piel
y los lobos aprenden su designio.

Unos ojos
y la distancia entre los cuerpos
contienen el apremio del poema.

Y la flor que busca ser descrita
en la lucha del tiempo y la palabra.

Esa impaciencia,
pregón de voz inacabada:
madurez a cuevas de la suerte.

La distancia de la piel,
avara codicia del presente:
reloj infiel para el poema.

Para la piel del lobo
el color desconocido del viento.

¿Vale la pena el canto
cuando la sed dirige su dardo
—grave inicio de la llama—
hacia la destrucción del sueño?

Preámbulo de la mañana
imitar la voz de los espejos,
despertar y hacer del ruido
el escudo impenetrable del hastío.

Para la voz del lobo
la rutina del sueño y de la noche,
el espacio quebradizo de la aurora,
la inocente vigilia del insomne.

II. SIN RESPUESTA

SIN RESPUESTA

La noche deja un sabor humilde y solitario;
la respuesta circula y retrocede.

Tenaz, la palabra cede sus espacios
y algo muy cerca del silencio
reivindica un calor de vidrio sucio,
de alcohol que transcurre y acomete.

La pared, dolorosamente, sustituye
la fragua de la sombra
—ala de estaño, abeja,
partícula de inesperado asombro.

Prodigio de la noche, la voz
no acude a su volumen;
en la órbita del humo
tiende a morir de frío:

el sabor de la noche
deja su huella en la pared,
testigo involuntario.

El polvo es otra historia
que comparten la soledad y el frío.

Tiene sus propios ecos;
desgaja las pupilas y los dientes;

atesora brujas y duendes
que agrietan su burla en los rincones,
amontonan las sombras
y los años:
el límite del tiempo.

Ensucia los zapatos.

18

Una jugada de más.

Una carta que no esperabas.

(El espejo
y la alegría del retorno:
la pericia.)

Una broma del azar.

La música de un bolero;
el agua del vaso con hielo derretido;
la misma sombra tercamente en la ventana.

Con un golpe de silencio
levantas la mano contra el prójimo:
estiras la espalda
en la frontera última del miedo.

Mis amigos toman cervezas y ron.
Un desfile de minutos se acumula en la mesa.
(El Capitán dibuja gestos y perfiles
que se aguzan mientras llega la noche.)

Arturo inicia su duermevela
y un cancionero afina la guitarra y la memoria.
Miro las botellas vacías.
Nacho pone cara de inocente.
Con César y Antonio espera la promesa
que tarda en llegar.

El trote de los meseros anima la plática
y una escuadra de luz queda sobre el piso.
Los cigarros son la brújula del sueño.

De
Imagen de la sombra
(1994)

El blanco perfecto.
Ofrecer la materia
al vuelo certero de la flecha.

Blanco inamovible, el punto final
deforma la luz que lo precede
y sobrevive y aniquila en la espera
del minuto exacto del encuentro.

Apariencia, el dibujo de la sombra
toma la forma más extraña;
agranda su perfil al tacto de la piedra
y ofrece su imagen al arquero.

Por el encuentro final, por esa herida
que no sangra ni lastima,
la materia se engaña en otra historia.

La imagen de la sombra no es falaz:
propicia el contacto con el tiempo,
señala los instantes ardorosos:
ilumina la punta de la flecha.

Por qué saltaste las paredes de mi huerto.
Impropia voluntad,
rigor que mora en todos los sentidos.

Por qué este huerto; por qué la fiesta
que comienza en la ruptura de palabras.

Amarga confesión.

Las palabras endurecen
su limitada condición en el silencio.

Quisiera decir que tiembla un pájaro
en el azul del aire;
que su vuelo es una pupila ciega
para la soledad involuntaria;
que su cuerpo,
íntimo y estéril,
inunda la carrera más atroz del firmamento.

(Quisiera hablar de ese azul
espinado de nubes.)

Podría decir que el vuelo de ese pájaro
es otra forma del miedo,
otra medida del tiempo
en la luz de una sonrisa.

Quisiera aprender el límite
de lo que no se toca; de la suerte
en un firmamento sin señales.

Podría jurar que sueño
—y que tiembla el aire—
cuando la hoja más soberbia
entiende que el pájaro
inventa el azul y lo redime.

8

Un trago a cualquier hora de la tarde.

El viento borra los pasos
y las banquetas apuran el asalto de la noche.

Un cigarro
en la consagración precisa del recuerdo.

Otro trago
en el silencio feroz de esta cantina.

Qué hacer contigo, corazón,
cercado por nombres extrañísimos,
acosado por una sed
que devora todos los minutos,
dispuesto a sentir la noche
en un vaso sordo a los reclamos de la sangre.

Qué hacer cuando los dientes muerden el aire
y limpian satisfechos una gota de agua.

No perder el rastro del número
más celoso del agobio de las horas;
no cejar en el prodigio
de la imagen del sueño sin horario.

Por esa herida del licor y de silencios
he de llevar mi propia flama
al norte y al sur
del viento memorioso.

Por el futuro y el presente
—a veces también por el pasado—
dejo mi ancla en la arena.

Albur de una geometría que se interroga.
Juego de cartas que me multiplica:
crece mi llama y se vuelve irrespirable.

También la puta sueña.
No es pobre.
Acaso suavemente corrompida.

*(Los suicidios de bardos
del siglo XIX
y del siglo veinte asesino
sólo la hicieron pragmática.)*

No da lecciones.
Sólo cobra

y sueña

en una noche menos torpe.

Sueña la puta.
Pobres de algunos poetas
blandamente corrompidos.

Con una moneda en vilo
transcribo las sílabas del poema.

La transparencia del aire
sentencia un aplomo de nubes;
la noche fragua su imagen
en el hueco de una flor sonámbula.

Un faro de niebla
dirige su sable contra el sueño.

Vemos pasar a las muchachas.
Tomamos ron, agua o cerveza.
Jugamos con nuestro reloj de arena.

Esperamos un golpe de la suerte
y trillamos las palabras.

En este partido
somos jugadores de medio tiempo.
(Y a veces estamos en la banca.)

Una dulzura furiosa,
el corazón que da traspiés,
la pereza de la *científica oficina*
son la puesta oscura
a una baraja ahíta de señales.

El perro más fiel del solitario
es un Ulises más audaz,
más amigo de los garabatos en la puerta.

Su olor es el ovillo que señala
la flaqueza del laberinto.

Vigía que sabe de memoria
los engaños del viajero,
queda en el fondo de la taza
para contener la historia
contada por los siglos de los siglos.

De
Intruso corazón
(1994)

Intruso corazón,
por qué te metes
con mis sentimientos...

AGUSTÍN RIBOT
(INTÉRPRETE: CELIO GONZÁLEZ)

*Para Sandra,
a Paquito,
a todos mis amigos*

CELEBRACIÓN

Tomo tu cuerpo en la mañana
como a la fruta más fresca de la mesa.

Sonríes entre el sueño.
Afuera la primera claridad espera.
Con las primeras sombras iniciamos la jornada:
tu cuerpo me ilumina y aprendo la lección.

Hermosa guerrera sin coraza:
detienes el tiempo con tu mano
y escribes tu propia fábula:
mi nombre y el nombre de la noche,
al adiós a la última sombra.

Despacio, con dedos armados de paciencia
inicio la búsqueda consagratoria,
la luz más secreta entre tus muslos;
y conozco la buenaventura del pan,
la sal que nace de la vereda más antigua.

Y sabemos deletrear el alba
en la música de todas las mañanas.

Nace el día.

Tu cuerpo es mío.

La claridad me encuentra renacido.

PRESAGIO

Abril es el mes más cruel
y asediamos la ventura del ángel.

Agosto es lirio en el ojo de un gato
y leemos chorros de alcohol
en el acecho de las aves de rapiña.

Yo conozco el cuarto día de septiembre,
cuando se afila el aire,
cuando naciste
al amparo de todos los presagios.

Y septiembre es unos labios
que me llaman desde el otro lado de la tarde;
una piel que madura su tibieza
en la sombra de mi cuerpo; la sonrisa
que resguarda el licor del otoño más artero.

El presagio de septiembre es un pájaro
de arena y el perfume de una tarde:
la adivinada espera
de conocer tu nombre y repetirlo.

CON LAS PRIMERAS SOMBRAS

De pronto sabemos
que el otoño es un poco de horizonte.

Lo sabemos
porque en las primeras sombras
de los meses que tocamos con dedos temerosos,
tus ojos se suavizan,
con una ternura nueva,
hasta convertirse en polvo de oro.

Entonces tomamos café
en el rincón más quieto de la casa,
y escuchamos la música
de todas las mañanas cuando despiertas a mi lado.

Y te quiero
como si fueras una paloma de agua
o flor que nace del otoño.

Y te amo
con el sol que toma de tu cuerpo
esa breve sombra anterior al sueño.

De pronto sabemos
que estamos aquí,
sin más,
para incendiar el lecho
que recibe nuestro cuerpos
en la hora exacta de la vida.

VIGILIA

Fumo para espantar la noche.

Tengo por delante el claro día

y me despierto desnudo

para adivinar el sol de otoño.

(Ella duerme aún.)

Nos esperan olores nuevos,

calles por caminar

y la ceremonia de todos los días

en la severa fiesta de la vida.

Fumo para espantar la noche.

(Parece que las estrellas

dejan la luz sobre sus hombros.)

VIVIMOS AL ORIENTE

Vivimos al oriente
de una ciudad *ojerosa y pintada*.
Tiene su propio volcán de tierra
y el trazo inhóspito de la emergencia.

Pero le ofreces tu luz;
y sabe encandilar mis pasos
cuando regreso,
por la noche,
de una ocupación que no lastima.

La caminamos entonces,
borramos sus cicatrices,
deshacemos su accidentada geografía
y construimos el templo de la noche.

DULCE SOMBRA

Casi inmóvil, paciente.
me esperas como un lirio abierto;

dices algunas cosas
y tiembles suavemente:

otra sombra exaspera la oscuridad
en el centro de tu cuerpo.

REFUGIO

Tu mano es la guarida
de un crepúsculo que deslee
la música del tiempo.

El cerco de la niebla
desnuda el desamparo;
un pozo de silencio
—agrio lirio, estricto aliento—
nace como un amante clandestino.

Despierta el espejo.
La última sombra
pierde la huella y el refugio.

La condición del tacto
habita la certeza del instante.

DIBUJO

Como a la sombra de una manzana
dibujó tu cuerpo con mis dedos.

Trazó dos hemisferios
y la línea del horizonte
que recibe mi sangre.

Inició después el contorno del valle.
Con el bosque me detengo
y no entiendo los cuentos infantiles.

Tus hombros me quedan perfectos.
A la medida exacta de mi abrazo.

En la espalda me demoro.
Me dilato en la justeza del mundo.
Aprendiz de escorzos,
aprendo a dibujarte
cuando repaso tus líneas de memoria.

TERCER ACTO

El recuerdo de septiembre
es un temblor de claveles cerca de la tarde;
una fiesta de ángeles adolescentes
bajo el imperio del alcohol;
un mensaje de arena
en la palma de tu mano.

En el cobijo de las sábanas limpias
tu perfume recorre mi piel.

Se desliza por tus muslos
el alborozo de la tercera jornada.

EL AROMA DE TU PIEL

Espina recién nacida,
llama en la transparencia del otoño,
permanencia de la hoja
en los signos del zodiaco.

Agua que duerme en la orilla del tiempo.

A la mitad de agosto
el aroma de tu piel
sobre el crepúsculo del ángel.

Luego el inicio de la flama
y diez veces el fragor del almanaque.

Espina recién nacida y antigua,
como mi sed
en la fiesta invencible del cuerpo
que se duele por la vibración del aire.

OTRO SUEÑO

Duermes
con el sueño que ofrece
la tibieza de la cama.

Me acerco;
acepto la brasa de tus muslos.
Tomo tu cuerpo.

En mi vuelo
tus párpados se cierran.

Duermes
con mi cuerpo encima de tus sueños.

LICOR

Apuramos el silencio
como una boca ávida de pan.

El licor de la noche
suaviza el incendio de la flama.
Callamos.

Juntamos nuestros cuerpos.

Esperamos el presagio de la luz.

De
Rosa de agosto
(1995)

*A Rosa María Ortega
viuda de Conde, i.m.*

I

El dulce pan, la casa, la memoria
del padre que por ti reconocimos;
la fuerza del carácter, empeño
del corazón por encenderse solo.

La ciega voluntad, el terco orgullo
de atesorar dolor; y los trabajos
para inmolarse en la abstinencia muda
por ese cuerpo que alentó tus años.

Eso eres tú. Por eso desandamos
el áspero camino de la suerte
que se construye a fuerza de silencios.

Por eso agosto reconoce el día
trigésimo, la hora que naciste,
la puerta del verano más certero.

II

A veces era amargo: territorios
ajenos provocaban el rencor
de conocer la suerte más adversa,
pues de otra voluntad era el orgullo.

Amargo pan; amarga la victoria
de los ojos festivos que aliviaban
el cansancio del cuerpo con las luces
del hambre satisfecha. Dulce pan

entonces. El recuento de la herida
tomaba proporciones de heroísmo;
renacía el orgullo satisfecho

de convertir la sal en tibio abrigo.
Después de la jornada, inquieto el sueño
por ese pan tan dulce y tan escaso.

III

Un agujero así de grande sobre
el que se prodigaba el cielo raso.
El frío de diciembre en nuestras manos;
en el patio la lenta madrugada.

Después la construcción, paso tras paso
(y el empecinamiento de la suerte
para cebar su encono en tu persona):
la victoria del muro sobre el frío.

La casa solitaria fue más casa
con los años de todas las miradas;
y fue resguardo, abrigo de los sueños

incompletos a fuerza de pensarlos.
Ésa es la casa que guardó las horas
de una memoria apenas silenciosa.

IV

Y mantener la imagen de tu muerto
fue la forma inviolable del amor.
Tu cuerpo erguido, tus anhelos, solos
como la filigrana de tu cuerpo,

alejaron los aires del verano,
el agua de los mares incompletos
—reclamos de la vida y su impaciencia—.
Y todo para atesorar, intacta,

la voluntad —virtud del indefenso—
para elegir la muerte con la vida;
o la otra vida que se gesta a solas.

O una fuerza feroz, la del aliento
que socava la inútil mansedumbre
de aferrarse, tenaz, a la memoria.

V

En los ojos del niño, con asombro,
la figura del padre regresaba
(nunca murió del todo, con los sueños
le jugaba sus bromas a la muerte).

Y el trabajo en equipo, la fortuna
de ceder al esfuerzo de la vida,
agotó ese silencio de las noches
más feroces y ciegas por la ausencia.

No el dolor de la muerte en las espaldas;
sí la flama, la terca voluntad
de ver nacer el mundo en esa sombra

que creció por el sueño dilatado
en suaves corazones no desiertos:
fragmentos que completan el recuerdo.

VI

Espina sobre flor, clavo encendido:
otra manera de entender la vida.
Decías no como se dice abrazo.
Era tu forma de incendiar el mundo.

Y cuando te falló otro corazón
—una hermana o la amiga de la infancia—
la apuesta fue mayor, así el orgullo:
el desprecio infinito hacia el que miente.

Apenas la caricia temerosa
sobre el cabello oscuro de tus hijos
suavizaba el rencor, lo matizaba.

Fue una lucha tenaz contra ese mundo
que te espina al saberte solitario.
La fuerza de carácter, flor ardiendo.

VII

Si escribo la palabra disciplina
es por el duro amor que nos obliga.
La palabra central de tu existencia
equivale a carácter y a ternura.

A ternura feroz, pero tan suave...
como una forma de cercar el muro
donde dejaste el corazón altivo
al abrigo severo de otras torres.

Escribo aquí y ahora, por ejemplo,
como se dice flor una mañana
—o llanto despiadado o amargura—,

en el momento de la duda ciega.
No a la derrota; no a la tregua. Nunca
ceder ante el imperio de la suerte.

VIII

No doblarte jamás, antes de romperte.
Y acechar esas puertas de la vida
como si fueran peces de otras aguas,
o un mar que se despierta y se desangra.

En esa voluntad hay una nube
que transforma los viejos continentes
en altísimas torres; o en fragmentos
de un vuelo más feroz, aunque sereno.

Son de nuevo el orgullo y el carácter;
otra vez la certeza del desastre.
Son —de nuevo— la flama y el coraje:

otra vez el incendio de la nube.
No pensar, porque es ciega la victoria,
en usar otra piel que no es la tuya.

IX

Cerca del otoño. Nunca la palabra
venció el umbral de todos los silencios.
Dócil la voz, herido el tacto inerme
—condición del que sabe de la flama—,

abre la hoja más triste del cuaderno,
la tinta más espesa: la figura
del difunto en el muro solitario.
Nunca el otoño ha sido más artero.

Por eso, cuando digo corazón
estoy diciendo pesadumbre, empeño
de terca soledad sin aspavientos.

Y digo torre y digo dama; y digo
que no pienso en enredos de fortuna:
conozco el fiel de amor y sus ofrendas.

X

Ahora llueve y la mañana es fría.
Las gotas hieren el silencio gris
de una piel que comienza a predecirse.
¿Y si la lluvia fuera una manzana;

o el rincón más oscuro de la ola;
o latido de un corazón austero;
o la sorpresa de una noche limpia;
o una mano que duele sin saberlo...?

Entonces la mañana quedaría
ayuna de la sal indispensable,
desierta de la voz que no esperaba

ninguna claridad, ningún sonido
en el voraz espacio de la ausencia
capaz de reflejar tu orgullo solo.

XI

A veces el pasado no es tan cierto
cuando descubres la ceniza —sal
que divide los resquicios de la arena,
golpe artero: furor de la memoria—

del claustro necesario, ensimismado.

A veces el pasado es enemigo
que galopa tu piel hasta vencerla.
Pero rencor o costra del insecto,

el pasado te envuelve y te señala;
conoce tu camino —y lo atesora—
para encontrar fragmentos de la sombra.

Entonces regresar sencillamente
para decir: “a veces el pasado
no es tan cierto; y me vive en su ceniza”.

XII

La madrugada es lenta; ciego el aire.
Un trozo de cristal, una palabra;
el silencio que hiere los oídos,
aguzan el insomnio y lo endurecen.

En cóncave inaudito van las horas
tras el sueño que olvida su designio;
una mancha enrojece la mirada
por esa calle tercamente sola.

La gastada sorpresa del encuentro
no compensa el dolor, mas su tesoro
es la caja inviolable del secreto:

un sonido a las diez de la mañana
dictó su fallo. El peso de los años
no suaviza el dolor, sí lo depura.

XIII

Para inventar la noche, las señales
del vidrio oscurecido por el aire.
La piedra de tu cuarto se deshace
en el agrio combate del insomnio.

Espejismo de luz, en la ventana
otro tiempo enarbola su abanico
—triste descubrimiento del asombro,
abeja enceguecida por el frío.

Y la luz de una lámpara no extraña
los minutos ya huérfanos de ruidos.
Imaginas que nace el claro día

con los ojos cerrados, pues la sombra
que aquilata y congela las figuras
ondula interminable en esos muros.

XIV

La lluvia del verano es soledad;
hunde su lanza en el fragor del tiempo.
Queda una flor en la burbuja de aire;
el enigma del agua se detiene.

Queremos que nos moje; que recuerde
la invasión de la hormiga más secreta,
el temblor de la hoja sobre el árbol:
la historia interminable de la rama.

Con los ojos abiertos por el sueño
una mujer se mira en cada charco:
abre su piel a toda gota de agua;

y piensa que la lluvia es impostora.
La memoria de sal, la boca seca
esperan que un reloj se descomponga.

XV

Otra inútil herida sobre el agua,
otro temblor de voz; el duro gesto
para cubrir tu piel de la mirada
que se rechaza; denodado esfuerzo

para cercar la torre, entumecida
a fuerza de anular los años. Nadie
conoce como tú la casa fría,
los muros de papel, las fotos viejas.

Escudo sin embargo, terco abrigo;
desmesurada voluntad entera
para reconocer la soledad

que nace de los muebles, de la ropa;
también de la dureza de los dientes:
del espejo que busca su mentira.

XVI

Cuántos habremos visto aquella sombra
del sueño que comienza a mediodía.
Extraña longitud del tiempo, acaba
cuando el punto señala su principio.

Reclamo del verano más astuto
o simple arquitectura del vacío,
la memoria se anuda en su reflejo,
sujeta en la cadencia del insomnio.

En un rincón más claro que los ojos,
una lámpara inútil te resguarda.
Es la sombra del sueño, la mirada

brusca como un cuchillo de madera;
quizás la ingrata soledad del cuerpo
como una forma de decir: existo.

XVII

Se puede imaginar un sucio barco,
un mar endurecido, puentes frágiles;
soñar dulces gaviotas, o mujeres
que aprenden a decir adiós; o flores

que adornan el cabello de las niñas.
Pero la ausencia nunca se delata.
Hiere siempre. Sus pasos sigilosos
invaden todo el cuerpo. Reconocen

como nadie el olor de la tristeza.
Ocupa el corazón y sus fantasmas.
Y supongo que las mujeres saben

que, cuando ven un faro oscurecido,
no existe el mar, ni las gaviotas. Sólo
la huella de la herida interminable.

XVIII

Sin que la vida suene a vidrios rotos,
la violencia del agua encarcelada
se mantiene en el ánfora bisiesta.
La boca, entonces, traza su dibujo

para que lluevan gotas de silencio.
Y si los ojos brillan, si la luz
inunda tercamente la mañana,
es por el tacto antiguo ya deshecho.

Ella sueña su sombra. Lee despacio
en la aterida voluntad del frío
—feroz, indisoluble compañero—,

y ensaya aquella risa sin violencia:
el hilo de la araña se desteje
si la cárcel de vidrio queda intacta.

XIX

Con las palabras juegas a ser niña
—un árbol de limones, una fuente
en el patio trasero de la casa
dibujan su perfil desmesurado—;

con los sonidos turbas el aspecto
de los santos absortos de la iglesia.
(Una muchacha reza, se arrodilla
cuando crece la vida entre sus muslos.)

Y miras el destello de los rezos
como una forma de vencer el miedo.
Luego regresas a este mundo. Finges

una sonrisa; piensas que te escuchan
tus fantasmas: regresan las palabras
a su gastada condición: silencio.

XX

Hemos visto llover con el orgullo
puesto a prueba. Después la dura tierra
—con un poco de sal y polvo y fuego—
fortaleció la sangre de guerreros

que envolvían la calle con sus pasos.
Los campos de batalla, los escudos,
eran la forma de entender el miedo;
una espada sin filo, una bandera,

la incierta soledad de la victoria.
Por eso el agua y no la flama, sabe
que de la hierba o de las flores tristes

pueden nacer los signos del desastre;
pero también —consuelo del que vive—
el agobio tenaz de la existencia.

XXI

Los gatos llegan a la media noche
mientras el viento araña los ladrillos
de la casa. La luna —clara especie
de ballena dorada bajo el cielo—

acorta la distancia de las puertas.
Muere el sueño; su tibio resplandor
distingue la premura de la sombra.
El aire se enrarece; aquella mano

pretende la figura de la cruz.
Nadie sabe por qué llegan de noche
—se asemejan a trenes detenidos—,

pero los gatos mueven vivamente
el polvo de los sueños, baratijas
ociosas olvidadas en la espera.

XXII

Los viernes son extraños a otros días.
Comienzan con un gato dando vueltas
sobre el techo de láminas ruidosas.
Un cuarto sin ventanas va aprendiendo

a conocer la luz. Miras el sueño
como si fuera voz de una paloma;
y piensas en la ausencia bienhechora
del martes y del lunes; y del jueves.

que parece semilla inacabada.
El sábado es la fiesta de las luces
que presagian domingos monacales.

Creas en los viernes —son extraños a otros
días—; y en cada vuelta sobre el polvo
que deja el gato en su festín insomne.

XXIII

Inútil el indicio de la suerte:
ni el as bajo la manga: sí la sota.
Sólo la telaraña del silencio
debajo de la cama. Nada más.

La piel es un camino que se pudre
donde el ángel esconde su saliva.
Otro tiro de dados —flores blancas
a punto de romperse— deja el tacto

inerte ante la soledad del frío.
Hay, acaso, lugar para el silencio,
para el débil remedo del olvido.

Sólo el duro camino de la suerte,
que se construye a fuerza de silencios,
respeto la señal. Y la devora.

XXIV

Este rumor de agosto toca el sueño.
Un poco a ciegas, como minutero
de un reloj fatalmente descompuesto,
camina sobre el aire de la noche.

Insensible al estruendo de los días,
punza sobre la oreja, deja señas
entre los puentes que desaparecen
en la respiración del mediodía.

(Un pájaro se eleva sin destino.
El horizonte pierde nuestras alas.
El rostro de la sombra se detiene.)

El día trigésimo se reconoce
en ese ciego puente, en ese aire
que recorre la piel humedecida.

XXV

Las líneas de la mano, los cabellos,
prefieren el olvido; no la tarde
que sirve de astillero a otras naves
que tienen en la luz sus altas proas.

Ni el clavel ni la fruta más austera
consiguen inventar una mañana;
sí la rosa, perfecta en su inquietud
de nube: consecuencia de la espina.

Adivinar la suerte no es ocioso
cuando cierras las puertas de la casa,
o conoces la nieve en el verano.

La mañana de agosto es invariable:
cabellos de luz, polvos del olvido
que deshace el cristal de la ventana.

XXVI

Es como la respiración de agosto;
o el centro de la sombra: el aleteo
de la hora recién inaugurada:
la cómplice del canto y de la noche.

La voz del corazón y de la sangre
es una tibia cólera llameante;
una gota de lluvia, una caricia
que delira en la cúspide del grito.

Sobre la calle espera, agazapado,
el último segundo del reloj;
invade un cuarto oscuro, sin ventanas,

y estalla como largo grano de oro:
la hora más antigua del horóscopo.
(¿La noche es más verídica que el día?)

XXVII

Para que nazca luz, una muchacha
detiene entre sus manos este tiempo
de la luna ligera y de la fábula.

Nunca más la distancia de la tierra

que brilla en el osario de las sombras.

No, tampoco, la lluvia más escasa
—aflicción del espacio y de la flama—;
acaso la certeza del minuto.

que sobrevive a fuerza de inventarse.

La claridad renace en su espejismo.

(Su pila bautismal es este instante

que deshace el perímetro del sueño.)

La más larga jornada de la hoguera
es cerca de la luz: es su secreto.

XXVIII

Arde el sol en los límites del cielo.

Seis niños buscan conocer el mundo
en la suave respiración de agosto:
la fiesta del verano en las pupilas.

Sin embargo la piel vuelve a cerrarse
para este sol que olvida su camino.
Terca la cicatriz, aún te duele
y sangra en el equívoco del aire.

Hacia la media noche ladra un perro
y se escucha un estrépito de voces.
No existe, ya, ni el límite del cielo,

ni la hazaña suprema del minuto
que emborronó las páginas del libro
secreto y traducible: la memoria.

XXIX

La vigilia es el vértigo del sueño,
el feroz enemigo del guerrero:
el veneno más cruel del solitario:
acuchilla los ojos y las manos

en su rencor de héroe solapado.
Ni el esperado anuncio de la aurora
—con su ropaje gris, con *pies dorados*—
alcanza a mitigar el desconsuelo.

Esa tarde de agosto vela el sueño
que interrumpe la arena de los ojos.
Ni el verano con su fragor de nubes

logra entender la púrpura, la cifra,
la siniestra cuadrícula en el blanco
de la mirada fija en esa calle.

De
Estudios para un cuerpo
(1996)

TU NOMBRE

Déjame que te escriba estas líneas,
que te vuelva a pensar
en la medida
justa del otoño;

déjame que te vea mientras duermes
en la oscuridad de este cuarto:

deja que recorra tu piel
antes de que la sombra verdadera
nos imponga su distancia.

Déjame que te escriba
como si fuera la última vez;
como si en la región del sueño
tu respiración me acompañara
para dictarme cada sílaba,
cada palabra irrepetible.

Deja que llene este espacio con tu nombre
únicamente para estar contigo.

LUZ Y SOMBRA

Llegué, un poco,
en busca de tu luz;
pero el asombro de tus ojos
me dijo
el otro nombre de la noche.

La parte más tibia de tu cuerpo
me señala una razón para el olvido:
desmemoria de mi agua más oscura:
pretexto para las sílabas del día.

Luego, enhebrar
la rigurosa telaraña que nace de tu vientre
—sacrificio del tacto—
para incendiar tu piel y mis escombros.

Busco tu nombre
en la hoguera del alcohol.

Una flor inesperada
me dice que existes,
que me ofreces tu luz
en la imagen recóndita del sueño.

TU CUERPO

Otra vez la tarde.

Y el verano que se mueve pese a todo.

Otra vez la inercia de las luces
y el aroma del cigarro
que dibuja los sobresaltos del cuerpo.

Otra vez el ruido de los vasos
—felinos de cristal que obedecen tus señales—
en espera de la sed que no se agota.

Y de nuevo tu cuerpo
para inundar de luz a la región antigua.

Si algún día tú te fueras;
si dejaras tu ciudad,
las calles que te aman;
si abandonararas tu sitio

cerca de mi corazón para el abrazo;
si yo no estuviera cerca lo sabría:
el cielo sería menos azul,

las calles más tristes y gastadas,
la lluvia más terca y ponzoñosa.

Pero existes y lo sé.

Tus ojos iluminan el mundo
y un poco del milagro de Dios me pertenece.

Aunque no te vea sé que estás aquí,
que tu cuerpo justifica la tarde.

Y te amo como a una morena flor
nacida en la tibieza del verano.

CON MÚSICA DE BONIFAZ

Cuando giran tus pies sobre la tabla,
cuando inclinas tu cuerpo y das vuelta
mientras la música
invade nuestro espacio,
y parece que sólo te interesa la textura del techo,
la fibra de las cortinas desvaídas, ¿en qué piensas?,
¿por qué pareces intocable?

Con suavidad
tu sonrisa renace y te acompaña;
y hace que mi corazón se alegre
por saberte necesaria.

Y me doy cuenta:
revelas el secreto del mundo:
ofreces la única respuesta
a la geometría de la luz.

No sé si te conozco,
o te conozco mejor cuando te amo;
pero te veo

y entiendo que tu belleza
me asombra y te atesora.

Y porque te conozco, porque estoy alegre;
porque estamos solos a veces, y vives,
tengo que aprender a mirarte,
a estar contigo;
a deslumbrarme ante el milagro
de verte subir una escalera,
cruzar el salón
y llegar de nuevo hasta mi lado.

DUDA

No sé hasta dónde la sombra de ti misma,
el riesgo de tu piel que me encandila
subvierten el tiempo.

En la aurora mecánica del día
tu sueño te vuelve necesaria;

en tus párpados idénticos a nubes
la distancia entre el este y el oeste
destruye la frágil verdad de la memoria.

Pero tus piernas son el espejo del amor,
la línea más delgada de la niebla,
el duro cerco que suaviza mi cintura.

Y qué importa el espejismo de la letra
cuando regresas del sueño:

la tarde enciende su linterna de oro
cuando tú sales a la calle.

TU CABELLO

Tu cabello es una lluvia oscura,
una fórmula líquida del viento,
una cortina
para el duro cielo de la noche
entre mis ojos
y la urgencia de tus labios
en mi vientre.

Suavísima red
que ilumina la penumbra de este cuarto,
toca tus hombros
para señalar el destino del mundo.

Lluvia tenaz sobre mi techo,
tu cabello revive más oscuro
que una caricia adolescente
en el imposible mediodía
de este octubre veloz y taciturno.

PRESAGIO

Para mirar la suerte venidera
el oráculo certero de tu cuerpo.

Tus manos me dicen el oriente,
la estrella luminosa
que alcanzas con tus brazos en ciego movimiento.

La línea de tu pubis a tus pechos
deshace la pregunta de la esfinge,
señala hacia el norte del sueño,
establece el horizonte más remoto.

Y luego tu espalda
predice la conquista del mundo:
tus caderas son la cifra más perfecta
para entender que el futuro es un tiempo inacabado.

Con tus ojos me dices que te amo.

Y entro en ti.

Tu respiración apresurada
anula el presente y el pasado.

Estamos, hoy,
juntos,
para celebrar tu cuerpo:
para decirnos el mañana.

TU CINTURA

Lunas y auroras tu cintura,
o cascadas creciendo: cinta de agua:
ritmo que nace de la luz:
ala sobre ala
en la arquitectura del tiempo.

SED

En tus labios la sed
que no se agota en los rincones de este cuarto,
en cada esquina de la ciudad
que aprendimos a mirar con nuevos ojos.
Te platico una historia de sueños incompletos
—te pienso y vuelves a vivir
con toda la belleza de tu cuerpo—
para detener el tiempo.

Y de nuevo la sed,
la espera que se nutre de fiebres
y de espacios que sabemos como nadie.

Miramos la ciudad desde lo alto,
tomamos café y una cerveza,
apuramos las sombras de la noche.

Tenemos sed de ti.

Tus labios me devuelven la urgencia de los cuerpos.

RESPUESTA

Respuesta del otoño,
tu mano es la medida de la ausencia.

Gozo de la muerte más leve
cuando tus dedos recorren mi piel,
se detienen en mi brazo o mis cabellos;
cuando inquietan mi sexo
y descubren su fruto necesario.

Respuesta de la vida y la memoria,
impulso que detiene el ritmo
de la espera enfebrecida,
tibieza que no tiene una u otra forma,
tu mano es la cifra
de tus sueños y mis sueños.

La cobijo y la resguardo.
La veo renacer en el poema.
La espero
como a una tarde inocente de otoño.

SILENCIOS

Supongamos que no nos dijimos todo,
que apenas un fragmento de silencio
alejó las palabras improbables.

Pero arde la noche
(su corazón es una brasa:
aguijón que hiere los sentidos)
cuando digo tu nombre
en el minuto más artero del insomnio.

Y el frío como una ola resignada,
me envuelve para confundir el sueño.

Supongamos
(es un decir)
que no nos hemos dicho todo:
que la brasa y el frío,

en estas lentas tardes del otoño,
se dolerán inútilmente
porque tu cuerpo renace en mis palabras.

TE QUIERO

Te quiero.

Y lo he repetido tantas veces.

Te lo he dicho

en un rincón, casi secreto,

de un restorán de nombre impronunciable,

sobre las sábanas gastadas

de un cuarto apenas en penumbra,

en el estallido feroz del mediodía.

Te lo he dicho

de regreso de una lluvia de alcohol,

cuando,

desnudos,

repetimos promesas y buenas intenciones.

Te lo he dicho alegre y pesaroso,

con todas sus letras,

tal vez como resguardo del olvido.

Te lo repito ahora:

te quiero,
como si fuera la última palabra
que se dice
cuando se tiene cerca el desamparo.

LÍNEA DE LA NOCHE

Salimos a la calle.
La noche nos recibe
con su música de sombras y de luces.

Para tu morena piel
el viento se suaviza y te perfuma:
las flores nocturnas
aprenden a decir tu nombre.

Escuchamos tu voz:
aprendemos a leer el silencio
en la línea pretérita del alba.

Decimos tu cuerpo
con la caligrafía del tacto repetido.

Reconocemos tus labios
en la sabia urgencia de la noche.

PENSAMIENTO

Pienso en tu cuerpo
y el sol inunda la mañana.

Su hermosura renace
—para vencer el tiempo—
en el inicio de la luz sobre la nube,
en la sonrisa de un niño que despierta,
en las señales de tu ciudad cuando la miras.

En la belleza de tu piel
más que la música hiera la luz.

El sol afina su vuelo
mientras camino las calles que has pisado:

¿quién podría saberlo?,

por tu belleza conocemos el destino del mundo.

Pienso en tu cuerpo
antes de que el crepúsculo,

enloquecido,
nos imponga su ley.

NOSOTROS

¿Sabes una cosa?

Este otoño aprendió a mirarnos
porque conocemos el fuego y la ceniza,
el perfume de una flor entre tus manos,
nuestra pequeña habitación para el insomnio.

Y no hemos aprendido del olvido.

Cercamos a la ausencia
porque todo lo que vive en ti
—aroma, luz, tibieza...—
me dice que no queremos otra orilla,
otro destino para compartir el mundo.

Sabes que te he pensado
para que me busques,
y consigas,
de nuevo,
encontrarte en mis brazos y mis manos.

Tu hermosura se nutre de mi amor

porque para ti tengo los ojos.

Descubro la raíz de todo:

Construyes tu propio espejo
cuando me escuchas dentro de ti,
cuando te vemos renacer en el poema.

TÚ

Vives en estas líneas
porque los dos hemos querido
que así suceda.

Cada palabra es tuya
porque tú le has enseñado
otra manera de decir el nombre de la flor,
otra forma de nombrar tu cuerpo:
la única posibilidad para entender el sueño.

Y si escribo piel o incendio,
presagio del otoño o firmamento,
la página encuentra su sentido
porque tú lo has señalado.

No sé cuánto te deben mis palabras,
pero sí cómo buscan habitarte,
descubrirte desde el fondo de ti misma
y de mi ternura inevitable.

Existes, también,
porque en la imagen
que busca retener la belleza de tu cuerpo
tú y yo hemos acordado
que debemos contarnos esta historia.

NO DIGAS

No digas que viste en mis ojos
la ciudad, que mi corazón
te predijo el asombro de la noche;

no digas que nos sentamos a una mesa,
y que tomamos café
mientras la lenta tarde del otoño
apremiaba esta urgencia de los cuerpos.

Te sugiero que vuelvas a mirar
ese barco de papel,
la flor un poco entristecida
por el calor de tanto mediodía,
la muñeca que compramos jubilosos.

Entonces,
una misma gota de silencio
que divide mi corazón
será la carta de la suerte
para apostar en el juego de la vida.

Pero no lo digas,
amor,
no me lo digas.

CERTEZA

En ti vive el amor.
Y se transforma en cristal,
en la imagen perfecta de la niebla.

Vive en ti
con el impulso de una clara flor
cuyo perfume
recuerda tu mejor vestido,
tus zapatos que brillan
con el azoro de la melancolía,
el espejo que te repite
en tu belleza cercana y evidente.

Lo sabemos,
pues una señal desde tus manos
embellece todos los objetos:
las palabras que nacen para ti
sin otra razón que celebrarte.

TIEMPO

Aún nos queda tiempo.
No vuelvas la cabeza
para mirar la herida del alcohol,
una carta sin el número preciso,
la fotografía cercana del recuerdo.

No te pienses lejos de mí
porque es inútil.

Tenemos tiempo
para caminar otras veredas;
o de nuevo tu ciudad,
tus calles que aprendimos.

Dame la mano.

Tenemos tantas cosas que decirnos.

REENCUENTRO

Me lastima el roce de otra piel.
Me duele el tacto de una mano sobre otra;
me descubro en este pertinaz
hablar y hablar a solas.

No te has ido porque te he pensado.
Vives en mí
cuando los dos hablamos de tu cuerpo;
y sabemos
que, cuando impones la distancia,
un secreto tenaz nos acompaña.

Y te amo
porque en tu silencio claudicamos;
porque la vida sabe,
ya,
que en esta historia de amor

tu cuerpo me ha buscado
para saber de ti,
para encontrarte.

AUSENCIA

Si nada de esto fuera cierto,
si te pensara más lejana,
como si tu desnudez no fuera;

si no existiera el licor, la dicha
que me das con el centro de tu cuerpo.

Si tú te hubieras ido...

De
Codicia de la calle
(1997)

Es el monstruo. La espada de Damocles en este fin de siglo. La araña de pies sigilosos que inyecta su veneno suavemente. Está ahí desde siempre: desde la sombría claridad de la mañana y la espera intranquila de la tarde: desde la aterrada vigilia de la noche. Conoce su imperio. Desgasta con ahínco un equilibrio apenas sostenido. No hay defensa. Sólo aprende a tolerar sus dientes que muerden la piel y torturan los sentidos. Es el estrés, palabra impronunciable y feroz. Es el verdugo que cobra la cuenta por amar a una ciudad llena de señales inocentes.

Una palabra que sube con el grito de la sangre. La atonía del aire desfigura la prisa. Como caballos enfurecidos desaparecen las nubes. La impaciencia aprende a caminar con pasos ciegos. El humo de cigarro, aureola de la quietud incandescente, levanta el muro: la conversación es el combate que inicia el comercio de los signos.

Centauro contrahecho, el automóvil ha vencido la condición del hombre. Por la despedazada geografía de la ciudad —crucigrama, herida— impone su dictado: el vértigo que se derrota a sí mismo en cada vuelta del almanaque. Afuera, los héroes sin destino buscan otra coraza y otro aprendizaje: otro es su enemigo. No la codicia del fuego ni los trabajos mayúsculos del fuerte; no la entelequia con cara de mujer ni la estatua de sal: nunca el giro para incendiar el mundo. La batalla tiene una finalidad sin gloria. Acaso recuperar el arduo espacio, la respiración de los pasos bienamados, el fragor de las conversaciones: la ruta sosegada hacia las noches compartidas. Pero el centauro es el mejor aliado de la bestia.

Es la avenida más famosa de la ciudad.

Guió el sueño del Imperio y soporta el engaño de la piedra. Por ella corre la muchacha que oculta su prisa con una sonrisa indiferente. Bellísima, la joven enarca las cejas, levanta la barbilla: irradia el carmín de sus mejillas sin mancha: garbo y orgullo sobre el pedestal de medias, zapatos y vestido que se dejan poseer en varios meses. La caricia del sol y del viento pierde misterio ante la mirada del hombre —viejo, gordo, blanco y con cabello largo— que la desnuda y abandona.

La joven cruza la calle de esa avenida que nunca ha sido suya. Introduce su cuerpo apetecible en el edificio más cercano. Un gesto de dolor se dulcifica cuando llega el elevador al quinto piso. Atrás la indiferencia y el orgullo; el garbo y la suavidad del sol; la lujuria citadina y la prisa: entra al baño. Cuando cierra la puerta sólo queda su perfume placentero.

Caminas por la calle de Luna. En la esquina das vuelta a la derecha y, despreocupadamente, ignoras La reforma del pato. Caminas. A unos pasos, la entrada de un estacionamiento te ofrece las aguas frescas más dulces que has probado. Caminas. Junto al cine Apolo, la panadería exhibe sus milagros: pasteladas, rosquillas de nuez, polvorones y besos de mantequilla y chocolate. Cruzas la calle. Boca del río te regala la memoria: la función de box del sábado, un coctel de camarones naturales y la mano firme de tu padre de regreso. Caminas. Junto al cine Mariscala te toman una, dos, tres fotografías y aceptas la tarjeta con la dirección del estudio. En Garibaldi los mariachis están despiertos. No hay tanta gente. San Juan de Letrán es la más *viva y venerosa* de las calles. Cruzas de nuevo. Te detienes en la librería de cristal. Pegas la nariz en las vidrieras. Una muchacha te toca el hombro y te hala: “Niño, toma para que te compres un libro”. Con un billete de cinco pesos fuertemente apretado miras la tarde. Un borracho te empuja. Ya no caminas. Tus cinco pesos en la mano se vuelven propaganda de cualquier centro nocturno. Treinta años rebotan en la Torre Latinoamericana y ya no quieres caminar. Te subes al Metro en la estación Bellas Artes.

Llueve. Un niño reinventa el equilibrio con dos pelotas de goma. Sobre los hombros de su compañero, ríe bajo la máscara siniestra. Salta de pronto. Como un simio que ha aprendido a caminar erecto —la misma agilidad, la misma lucha por la hembra— acerca su cara a los cristales de los coches. Algo tan parecido a una sonrisa obliga a la limosna. Corre hacia una orilla. No necesita ver ninguna señal: su instinto le ha enseñado a medir el tiempo. Sube otra vez a los hombros conocidos, resistentes, duros a fuerza de costumbre. Tres pelotas de goma dibujan, lentamente, sencillos crucigramas en el aire. Llueve.

Otro canto de sirenas para un Ulises sin astucia. Cerca de la tarde otra pócima que embota los sentidos. Nuevos cíclopes se posesionan de la isla de otra Circe que ignora la virulencia del brebaje. Las sirenas encarnan la sorpresa: la dulzura del canto que se repite mientras el licor se vuelve agua salada. No el mar, sino la condición del piso de madera y la alfombra desvaída que asumen su desventura en la simulación de la ola. Este Ulises abandona su cuerpo a una aventura sin heroísmo. El ardid es mayor en el espejismo del sueño. Odiseo abandona los escudos. El viaje no comienza todavía, pero las asechanzas imponen su designio.

Caminas por la calle de Madero. Recuerdas a la duquesa Job. Con el poeta estableces el lazo más afectivo, el vínculo más fuerte y duradero, la complicidad más generosa: el viaje de Pigmalión con una nobleza impronunciabile. Por esos extraños giros de la memoria, recuerdas a López Velarde: “Yo no sé si estoy triste por el alma de mis fieles difuntos / o porque nuestros mustios corazones nunca estarán sobre la tierra juntos”. Sustituyes el “nunca” por el “ya” y la tarde se vuelve intolerable. Los dos son adverbios pero el segundo es más atroz. Significa un “todavía”, un “ayer” y un “no más”. En 16 de Septiembre y Bolívar, la zapatería está cerrada. Así debe ser. Ya no hay razón para que ciertos signos en la ciudad permanezcan. No tiene sentido. Madero debió seguirse llamando la calle de Plateros. En la Torre, la mitad de un azul espera la abolición del adverbio.

En el Museo, un niño contempla el milagro de la vida. No sabe qué ocurre exactamente, pero la respiración apresurada, la urgencia de unos dedos que ensayan a ciegas la libertad de una prenda diminuta lo obligan a inventar juegos impensables. Una espada se deshace en la oscuridad, nace una historia: se reinventa la condición del sueño. Afuera, la ciudad se hace arrogante con el frío de diciembre. La tarde enciende su linterna de oro. El niño pregunta. El Museo le devuelve una sonrisa.

Insurgentes es la calle más larga de la ciudad. En ella conviven el asombro y la desmesurada búsqueda del sueño. Muy cerca del equilibrio entre el Norte y el Sur revive su verdad de espacio diminuto.

De
La arena de los días
(1999)

¿Sabías que este corazón inválido,
encallado en la arena de los días,
es aquel que mirabas disiparse
ciego y certero como el dulce imán?

TOMÁS SEGOVIA

Tú, señora y grande; tributario
mínimo yo, de tus imperios;
servil y apaciguado; víctima
dada, de suyo, al plentero
orgullo imprudente de ser hombre.

RUBÉN BONIFAZ NUÑO

1

Y hablo contigo
a solas;

te dibujan
las palabras
que nacen del silencio.

Cuando tomas la cuchara
y la acercas a tus labios
para probar la temperatura de la sopa;
cuando tus dientes hacen una fiesta
con ese trozo de pan;
cuando la servilleta
se arruga sobre tu falda,
madura el mediodía.

Y la luz toca tus hombros,
llega hasta el cristal del vaso
y lo convierte en lluvia de oro.

Y el orden puro de la mesa
celebra nuestro pacto:
construyes tu espejo minucioso.

Fiel a ti misma, tersa flama;
inocente clavel, estatua
que se cincela cada día,
eres el espejo en que te miras,
inusitada claridad
que te atesora y te complace.

Con el sonido de tu voz
inventas un imperio de luz;
y esperas para alcanzar
las palabras que dices como nadie.

Y te celebro.

Me convocas a tu altar. Te busco
en la espina de una flor, en el aire
que se suaviza con tu cuerpo.

Despiertas a la mitad de la mañana,
la aroma tu cuerpo
y la tibieza de las sábanas
apenas arrugadas.

Testigo contra el tiempo,
te miro despertar; contemplo
esa certidumbre de la dicha,
esa renovada victoria
de verte sonreír apenas,
como si regresaras del sueño
ungida de no sé qué señales.

Naces todos los días
para mi roca quebradiza;
para mi desnuda sed.

Para mi mano que te ofrece
la última gota de la lluvia.

12

Contemplo tu desnudez.

Busca mi lengua
la parte más secreta de tu cuerpo.

Y te das a mí,
hermosa y joven,
en el mayor milagro de la vida.

Tu boca encuentra mi sexo
y lo reconcilia con la vida.

Me vengo en ti.

Nacemos otra vez con las caricias.

Estructura de la miel más decantada,
regocijo del tacto y la memoria,
tus pechos son la suma complaciente
de mi bárbara sed.

Copas que señalan su propio incienso,
guían mi tacto y mi camino,
mi voz apenas extraviada,
mi lengua en tus rituales elocuente.

Son tu templo y tu liturgia,
la fervorosa copa de la vida:
la arena de los días.

Devoto fiel de tu mirada,
respiro de ti, me enorgullezco
cuando consagro tu silencios.
Y aprendo y me hago adicto
de la palabra sí, del quién sabe.
De la materia intensa de tu cuerpo
aprendo otro milagro: la cima
de placer cuando me besas.

Me dices el rito de la flor
y anulamos el tiempo; te conoces
cuando te das a mí, cuando regresas
del olvido con un gemido placentero.

Una cadena de oro te regalo
para señalar la cifra doble
que cierra el círculo insensato.

Y la calle es otro altar
para decir la comunión,
la breve dicha que regalas

cuando del templo puro de tu cuerpo
apuramos el vino entre tus piernas.

Te toco. Tu respiración
me reconoce, me cobija.
Vemos nacer el otoño
entre tus piernas.

Pródiga en ese afán de construirte,
invades con tu aliento los espacios
que vemos crecer junto a nosotros:
un restorán apenas concurrido,
una tienda de ropa, una ventana,
una almohada feroz para mi espalda.

Crece tu rumor en este cuarto
—roce de pieles, música
que haces nacer y desordenas.

Te respiro otra vez cuando te toco.
Con tu aliento me dices “ya me vengo”.

Morena flor de este verano,
me dices con tu fiebre que me quede,
que ajustemos el martirio del reloj,
que la helada sombra se acrisola.

Y yo enfermo, desterrado
por siempre del ahogo de saberte mía;
insalubre en la hoguera del alcohol.

Eres tu juventud y la belleza
que soborna mis sentidos; febril
florecimiento, helada noche
para la sombra del tiempo.

En tu cama, con tu piel
despiertas como río nocturno;
me hiciste comprender que somos víctimas
de un orgullo tributario;
del placer imprudente
que en tu cuerpo desgajamos.

Para tu cuerpo escribo.
Para celebrarte lleno estos renglones.
Proclamo la fiesta del amor
en esta línea.
Me resguardan tus ojos inocentes.

Cada espacio que ocupo con tu nombre
ya está escrito.
Lo dijo tu piel; y la ternura
que nos fue creciendo.

Y escribo: te quiero.

Con la última gota de la lluvia,
el aire de la noche
incendió tu cuerpo con nosotros.

De
Cuaderno de febrero
(2005)

1

Nuevamente la sed.

Una limpia mañana de febrero
tres veces la doble condición
del horóscopo inviolable
nos dijo tu voluntad
de ser distinta y necesaria.

Si digo amor
una granada florece en este otoño;
madura una manzana;
el suave licor del sol
se quema en tus cabellos.

Y esperamos tu sí
—palabra que impone condiciones—
para vestir de fiesta a nuestras calles.

4

Hay que decirlo en pocas palabras:
te descubrimos
en la mirada absorta del otoño.

5

Digo tu nombre
para que nazca el día.

He plantado las semillas
de sus letras
en la zona más fértil de mi cuerpo.

Que nada cambiaría bajo tu piel
pensamos otra mañana de febrero;

y confiamos en las señales
de ese ángel taciturno;

y dijimos el sí y el no
para sitiar impunemente
la luz desnuda de este otoño.

Te desnudas
como la uva
a punto de ser canción madura,
como la tierra
otra limpia mañana de febrero.

Trazas
la bitácora del gozo
en la fiesta que exige tu piel.

Apuramos el vino
de tu cuerpo victorioso.

Te traje aquí el otoño
con el collar más lúcido
para tu cuello de niebla;

ávida sombra,
te desnuda la luz
con la última gota de la lluvia.

¿Dónde la palabra,
¿dónde el eco
de tu recién amanecido corazón?

¿Dónde la flor
y la ventana abierta
para el milagro del otoño?

Hemos buscado
el gran amor, el gran amor terrible.

Con el ruido de la gente,
con el olor de los jardines
y las ventanas abiertas;
junto a las flores innombrables
que tocan el agua del tiempo,

hemos buscado.
Hemos buscado.

Y nos miramos
cerca del otoño.

Y encontramos
una espina del tiempo:
una flama pródiga
y la palabra
que nos dijo
algo del pan recién nacido.

De
Fiera urgencia del día
(2007)

*Para Sandra y Jesús Francisco,
mi certidumbre de luz*

LAURO CONDE GÓMEZ

Es la urgencia de la luz para el combate;
la esperanza de ver llegar el día
implorando a tu Dios, lenta porfia,
esperanza tenaz, sueño que abate,

te hiere y te levanta: se empecina
en renovadas luchas bienhechoras.
Nunca dejas la guerra. A todas horas
tu voluntad de fuego te calcina.

Inteligencia y discreción, escudo
y espada: la honradez en ese rudo
combate con la vida es el primero

de los dones del hombre que se ufana,
al recibir la luz cada mañana,
de portar esa insignia del guerrero.

ROSA MARÍA ORTEGA DE CONDE

Orgullo y voluntad son tu divisa;
y enconada soberbia como marca
de la casa; y el corazón que abarca,
convoca y busca y atesora; misa

apenas murmurada por la prisa
para llevar el pan en esa barca
tan frágil de la vida: nueva marca
que maduró tus ojos y tu risa.

La fuerza de orgullo puesto a prueba
es la herencia mayor para tus hijos:
el filo de una espada que renueva

la fe por la memoria: ojos fijos
en un futuro incierto que subleva
el corazón abierto de tus hijos.

JOSÉ CONDE

Es el abuelo apenas recordado,
la efigie que, al amparo de una silla,
sostiene su sombrero en la rodilla
y ofrece su silencio: está dañado.

El viejo arriero que dormita a solas
y sueña con mujeres ya imposibles,
deja que el sol caliente las terribles
señales de la edad. Son otras olas

que hieren sus sueños; obstinadas,
decantan sus designios; presurosas
se ríen de las glorias ya pasadas.

Figuras de cristal que, como esposas,
parecen revivir el cuento de hadas
del viejo que se acuerda de esas cosas.

FRANCISCO ORTEGA

El ruido de los pasos del abuelo
anuncian la ventura de la cena.
Son las diez. Si la noche está serena
se escucha claramente el terso vuelo

del ruido de la fábrica que indica
el fin de otra jornada. Ya es la hora
de dar las buenas noches. Atesora
el viento de la noche luz. Platica

con su nieto el abuelo: le promete
la costumbre inaudita del paseo
por la estación de trenes. Acomete,

sin cansancio, la fiesta del deseo
más entrañable: plática que mete
en cada corazón fe en lo que creo.

VICTORIA ORTEGA

Un dedal. Y la sombra de esa casa
que cobija la espera de la cita
con santos de la iglesia que te imita
en esta soledad que te rebasa.

Compañera del siglo, la memoria
de una maternidad inquebrantable.
Quizás tu voluntad ya no fue dable
en las vidas ajenas a tu historia.

Aroma de café por la mañana
y el peso de los años en tu espalda:
renuncia voluntaria de la hermana

(por ese catecismo de Ripalda)
a ser de veras madre. Flor temprana
que el peso de la castidad escalda.

PITECO

La cama de latón, tu fiel escudo
ante los improperios de la suerte,
no fue capaz de deshacer el nudo
que centró los designios de la muerte.

Eres un joven viejo siempre atado
bajo los malquereres de tus tías.
No sabes si sale el sol, atribulado
con el hosco placer, todos los días,

de ver pasar la vida con las voces
y la misericordia de tus santos.
No entendimos, jamás, cómo entre tantos

y tantos artificios de tus dioses,
uno no fue capaz de darte el cielo
en esta tierra. Sólo el desconsuelo.

ABIGAÍL SILVA

Tía Biga nos espera con el pan
recién horneado. Sabe que esperamos
su mesa bien dispuesta. Si el tan tan
de la campana nos apura, vamos

rehaciendo las señales del camino
que marcan la costumbre bienhechora.
Estamos juntos como en un destino
que aprendió con nosotros. Es la hora

en la que el santo de la iglesia dice
su áspera y horrenda letanía.
Los muertos vuelven a vivir. Maldice

un hombre joven, y una vieja arpía
espera que ese miedo se eternice,
pues no espera mirar el nuevo día.

JOSÉ LUIS TAPIA

¿Por qué juega contigo el mal mayor?
¿Y tu capacidad para el orgullo?
¿Te rendiste, José? ¿Te ha hecho suyo?
¿O se volvió de lumbre tanto amor

de las mujeres de tu casa? Tía,
abuela, madre, hermanas no comprenden
tus ansias de vivir, y se sorprenden
de tu obstinada urgencia de ese día

cuando un perfume de mujer anuncia
en tu recóndita tristura. Vives
en angustiosa soledad; denuncia

que se encona. Por eso, solo, escribes
en fragua de cenizas: tu renuncia
a tanto sol: verdad que no concibes.

ÁNGEL SARMIENTO

La hoja de papel con letra escasa
dice tu nombre. Lo celebras. Vamos
en jovial caravana hasta tu casa.
Todo parece nuevo. Nos tomamos

un vaso de refresco, unas galletas.
—Nos hemos vuelto hombres— justificas.
Es una, la primera de tus metas
que cumpliste cabal. Lo ratificas.

La lista de aceptados en la escuela,
después de aquel examen riguroso,
te convierte en el ser más orgulloso.

Vives con tus amigos la secuela
del paso natural del niño. Suerte
necesitamos todos, no la muerte.

CARLOS BENDÍMEZ SERRANO

Juegas a que los dos ya somos medios
en el equipo de la prepa. Vamos
con mi brazo enyesado y sin remedios
para tu pierna enferma. Disfrutamos

una sonrisa apenas esbozada
en la piedad sin duelo de esa niña.
Nos cobijan su aliento y su mirada.
Y después el principio de la riña

para poder llenarla de atenciones.
Pero es tu corazón fruto maduro
que prodiga sus dádivas y dones

al amigo más fiel. Esto es lo duro:
el recuerdo de juegos, de ilusiones
que quedan sin cumplirse: sueño impuro.

FIDEL SALCEDO YÁÑEZ

Cada paso medido y elegante
con el gesto sutil del caballero.
Sí, para las muchachas tú el primero
y el más platicador y el más constante.

Con la guitarra cómplice en la esquina
aguardas impaciente a que la luz
se apague y te resguardes de la inquina
de un marido celoso. Ves tu cruz.

Es lo mismo, Fidel. Son las mujeres
que nos obligan a sentir el frío
de la madrugada feroz: placeres

guardados al que sabe que en el río
de ensueños se completan los haberes
de cada cuerpo con fulgor impío.

LUIS PLIEGO CERVANTES

La muchacha bonita de la fiesta;
y otro vaso de ron; y los cigarros
que puedes compartir son los cigarros
que cercan el desnudo de la fiesta.

Y es la certeza de esperar el alba
(acaso la amenaza del derrumbe)
con la fértil muchacha que sucumbe
bajo el nombre fingido de Rosalba.

En tu puesto de frutas y el bullicio
de ese mercado atroz, siempre propicio
a tu inocente juego de la vida.

Son las sotas incómodas, la suerte
que tardó poco en anunciar la muerte
a tu inocente juego de la vida.

CÉSAR RODRÍGUEZ CHICHARRO

Dejas, así, la huella de tu nombre
escrita en una aguja de marear,
y una mano en el ancla. Eres el hombre
que no sabe del miedo de cruzar

la mies de la palabra en otros libros
que dicen en secreto sus milagros.
Por más que tu modestia diga magros
tus hallazgos, sabemos que los libros

que dictan su verdad a ojos atentos
te declaran su cómplice feliz.
Y aún más: te permiten el desliz

de iniciar, con tu voz, esos momentos
claros, César Rodríguez y Chicharro,
en los que toda eternidad es barro.

MARTÍN QUIRARTE

Cuando una colección es cierta caza
—la “Sepan cuántos...” digo, la empastada—
no halla en ningún lugar mejor morada
que en el armario añoso de tu casa,

celebramos mejor a ciertas voces
que van templando tu conversación
para nosotros. Vemos la pasión.
Y dices, suavemente, que en los roces

con los resquicios de la eternidad
está la vida. Vida que te absuelve
porque sabemos que la liviandad

del cuerpo en esta tierra que se vuelve
promesa del desastre, claridad
que está empezando a ser. Y ya no vuelve.

LUZ CASTAÑEDA DE QUIRARTE

Nunca otro nombre fue tan bien escrito
También para la luz de nuestros sueños.
En tu casa, en tu luz, ya somos dueños
de este pequeño mundo. Ya está escrito.

Con tu pan, con tu fe, con tu sonrisa
sabemos deletrear el universo;
presenciamos, contritos, el esfuerzo
de tanto y tanto amor, que ya era prisa

por volcarse en las cosas más sencillas;
una inaudita flor, acaso un rayo
de esperanza que inunda las astillas

de cada voluntad. Dios dicta el fallo
—y da una nueva luz a las semillas—
a tu siempre serena luz de mayo.

IGNACIO QUIRARTE

¿Qué mezcla tan extraña es ésta, Ignacio?

La sinfonía de Mahler y otro vaso
de vodka. Y otra vez un nuevo espacio
para la cruda mañanera. Trazo

que busca resolverse en nuevas risas.

Es, Ignacio, señuelo de esta vida
que no te sabe tan bien. Tal vez las prisas
por sentir la existencia inmerecida.

Ahora sabes que la letra inglesa,
que dice nombres y deshace sueños,
nunca compensa todos los empeños.

Sabes, Ignacio, que la muerte besa
mejor (porque conoces sus ardides)
si la convocas, Nacho, y la decides.

JUAN GONZÁLEZ

Eres puntual, sereno y cuidadoso
para todas tus cosas. Y severo
cuando el asunto lo amerita. Pero
tu vida, por fortuna, temple el gozo

de una copa de anís con tus amigos;
de tu mesa también; y los secretos
que pudiste extraer de los objetos
que han formado tu mundo, los testigos

de tu aciago valor para la vida.
Y si el sueño te invade muchas veces,
es por esa señal tan conocida

por los hombres de bien. Y te enalteces
cuando en tu mesa ofreces la comida,
y la amistad que siempre fortaleces.

ANA VELÁZQUEZ DE GONZÁLEZ

Entre las hojas blancas del cuaderno,
un billete. Y ternura incandescente
que nace de tus manos. Si el invierno
no estuviera en los labios de la gente,

un encono de luces para ti,
para tu corazón de fruta fresca,
nos diría, quizás, que ese otro sí
es un poco de sol. Y que amanezca.

Sabe en tu casa, el pan, de otra manera:
como a certera ruta perseguida
o como a beso estricto. Si dijera

una mentira atroz, la conocida
imagen del insomnio ya estuviera
en esa encrucijada de la vida.

WULFRANO GONZÁLEZ

Quizás no sabes, bien a bien, quién fue
Ramón López Velarde. Ni el apuro
de aquellas rezanderas que, en lo oscuro,
combaten la materia de su fe.

Pero los calosfríos son ignotos
y la urgencia del cuerpo está madura:
un atisbo de sal, copa que apura
la recóndita sed: deseos remotos

que se avizoran torpe, lentamente,
en la oportuna claridad del día.
Por eso, en el resquicio de la mente,

está la voluntad, la profecía
de tu cuaresma y tu mujer, enfrente
y entre los tiros de la policía.

JOAQUINA OLIVARES DE GONZÁLEZ

Mientras dura la noche sólo esperas
que la vida no cumpla tu capricho.
Por eso tú no duermes, desesperas
a todos esos santos en ese nicho

que se fortaleció con el insomnio.
No puede ser verdad. Tú no lo sabes
(tal parecen maldades del demonio)
pero en la abrupta soledad tus naves

no buscan deshacerse torpemente
Indagan por caminos insondables,
el margen de los sueños condenables.

¿Viste ya tu capricho? Suavemente
te irgues y regresas. Y parece
que la sombra se oculta. Ya amanece.

JESÚS ARRIAGA PADILLA

Verdadero bandido generoso,
con la misma sonrisa a flor de labio,
con la astucia sarcástica del sabio
construyes el palacio dispendioso

en el lugar de donde nace el hombre:
el corazón dispuesto a la ventura
de ver nacer el mundo y la ternura
tan sólo en tu mujer. Dices su nombre

y te ufanas y ves nacer el día.
Y un algo parecido a la tristeza
aparece de pronto. Es la osadía

para encontrar en ella la certeza
de un triunfo mayor: su compañía.
Es tan sólo tu signo: tu entereza.

DAVID ARRIAGA

Un piropo procaz para las feas
es tu manera de entender el mundo;
y de encontrar, también, ese rotundo
ciclo de arena de los días. Creas,

así, la luminosa expectativa
para aquellas mujeres olvidadas
que, en su espejo atroz, son enfrentadas
a no gozar mirada inquisitiva.

Pero ofreces, acaso a tu manera,
la esperanza de citas venturosas.
No lo sabes de cierto. La primera

palabra de celebración: las cosas
sencillas de las feas son la artera
impertinencia que las vuelve hermosas.

JORGE LÓPEZ MEDEL

Dos equipos de emborrachar cristianos,
herencia para todos los amigos
de la cantina, ímprobos testigos
de charlas oficiosas en los vanos

artilugios de fieras madrugadas.
Y tu herencia mejor es la amistad
que cumples cuando dices tu verdad.
Son los chorros de alcohol, las apuradas

copas que se trasiegan sin fastidio.
(¿Una forma de cometer suicidio?)
Quizás el miedo de mirar espejos

que convocan, así, temores viejos.
O es la forma más pura del presente
que te convierte en luz para tu gente.

FRANCISCO CERVANTES

Hosco, sañudo y fiero vas, Francisco.
Esa, tu gaya ciencia, siempre a cuestras.
Y dices y decides tus apuestas
cuando miras, indemne, sobre el risco

de tu soberbia impar a los estultos
que no saben la o por lo redondo.
Y zahieres. Y ríes muy orondo
porque los tontos forman ya tumultos.

Y crees que lo cantado para nadie
es sino de varones señalados.
O es que tú, que conoces como nadie

la soledad, encuentras ciertos vados
para otro regimiento que sí irradie
las nieblas lujuriosas de tus fados.

MIGUEL ÁNGEL ONGAY

En tanto el as no mienta, Miguel Ángel,
la copa de licor es tu fortuna.

Acaso una muchacha inoportuna
que invade tus espacios como un ángel

maligno. Y se revela un ser extraño
en su fiel estructura imaginada.

Es el espejo de tus sueños. Nada
más que la pesadumbre de tu daño.

Pero tienes las cartas. Y repartes
como si en cada corazón naciera
otro licor de espanto. Malas artes

no sabes ni haces trampa. La postrera
mano te espera todavía. Partes
la baraja. Es tu carta la primera.

SEVERINO SALAZAR MURO

Tenemos ron y unas inmensas Cocas.
Y porque el mundo es un lugar extraño
cumple el ciclo; nada es en tu daño:
vuelves arena todo lo que tocas.

A desiertos intactos ya convocas
y renace la luz, hoy como antaño,
nada más que por ver el fin de un año
inevitable en sus arqueras locas.

Ni la roca ni el cielo son rivales;
ni la cruz de las aguas derramadas
en desiertos intactos cual cristales.

Mecanismos de luz, serenos males,
hoy repiten tu voz: letras quemadas
donde deben estar las catedrales.

RAFAEL VELAZCO

Alta la noche. Y la cabrona muerte,
Rafael, arrojó su carcajada
A los vuelcos aciagos de la suerte
Falaz: que vaya mucho a la chingada.

A Margarita, voz de timbre fuerte,
El encono feroz de madrugada
Limpia, como el silencio duro, inerte.
Víctima del azar. Indeclinada

En otras señales de la infinita
Locura inexplicable de la ausencia.
Ahora, Rafael, nadie repita:

Zurea una paloma; sí clemencia,
Como en la tierna voz de Margarita:
Otra vez nuestro actor y su presencia.

Índice

- 7 El tiempo como equilibrio entre la materia y el espíritu, José Francisco Conde Ortega, *Eduardo Cerecedo*

De Vocación de silencio (1985)

- 15 Víspera del silencio 🔊
- 16 Todavía es octubre 🔊
- 17 No es el olvido 🔊
- 18 Lejos del día 13
- 19 Vocación de silencio
- 20 Never more
- 21 Cada palabra tuya
- 22 La muchacha del metro
- 24 Permagnum
- 25 Más quemadura 🔊
- 26 Nosotros
- 27 Sin tu nombre
- 28 Clausura

De La sed del marinero que regresa (1988)

I. Anacreónticas

- 31 La hora 🔊

- 32 Un trago de ron 🔊
- 33 Cerca de la orilla 🔊
- 34 Cansado de esperar el alba 🔊
- 35 Mujeres
- II. Fiel de amor
- 36 Tus manos 🔊
- 37 Tu beso 🔊
- 38 Con todos los sentidos
- 39 Tu cuerpo 🔊
- 40 Sandra 🔊
- 41 Tu nombre 🔊
- 42 Por la ventana
- 43 Tu casa
- 44 Caricia
- 45 No destruyas mi sed
- III. La sed del marinero que regresa
- 46 La sed del marinero que regresa 🔊
- 48 El otoño también es una isla 🔊
- 50 La dama del tango
- 52 Río blanco
- 54 Sólo una voz
- 56 Faja de oro
- 58 34 años

- 60 Otro regreso
61 Elegía
IV. Filiales
63 Sus juegos
64 Un filoso equilibrio
65 Milagro
66 Mi sobrino

De Para perder tus ojos (1990)

- 69 Siempre nueva
71 Celebración «»
72 Tarde «»
73 Así fue «»
74 Calle de Gante
75 Descubrimiento
76 Desamparo
77 Plagio
78 Homenaje
79 Filoclasta
80 Llovizna
81 Mandamiento XI
82 Plagio II
83 Ausencia
84 Declaración de fe

De Los lobos viven del viento (1992)

I. Los lobos viven del viento

87	1
88	3 
90	5 
91	6 
92	9
93	10

II. Sin respuesta

94	Sin respuesta
95	14
96	18
97	24
98	27

De Imagen de la sombra (1994)

101	1
102	3
103	5
105	8
106	9 
107	12 
108	16 
109	21

110 28

111 29

De Intruso corazón (1994)

119 Celebración ◀»

121 Presagio ◀»

122 Con las primeras sombras

124 Vigilia

125 Vivimos al oriente

126 Dulce sombra

127 Refugio

128 Dibujo

129 Tercer acto

130 El aroma de tu piel ◀»

131 Otro sueño ◀»

132 Licor

De Rosa de agosto (1995)

137 I

138 II

139 III

140 IV ◀»

141 V

142 VI

143	VII
144	VIII
145	IX
146	X
147	XI
148	XII
149	XIII
150	XIV
151	XV
152	XVI
153	XVII
154	XVIII
155	XIX
156	XX
157	XXI
158	XXII
159	XXIII
160	XXIV
161	XXV
162	XXVI
163	XXVII
164	XXVIII
165	XXIX

De Estudios para un cuerpo (1996)

- 169 Tu nombre ◀»»
170 Luz y sombra
171 Tu cuerpo ◀»»
173 Con música de Bonifaz
175 Duda
176 Tu cabello
177 Presagio
179 Tu cintura
180 Sed
181 Respuesta
182 Silencios
183 Te quiero ◀»»
185 Línea de la noche
186 Pensamiento
188 Nosotros
190 Tú
192 No digas
194 Certeza
195 Tiempo
196 Reencuentro
197 Ausencia

De Codicia de la calle (1997)

- 201 1

202	3
203	4
204	7
205	8
206	10
207	12
208	13
209	14
210	17

De La arena de los días (1999)

215	1
216	2
217	6
218	8
219	12
220	17
221	20
223	26
224	29
225	40

De Cuaderno de febrero (2005)

229	1
230	2

231	4
232	5
233	8
234	10
235	12
236	14
237	22

De Fiera urgencia del día (2007)

243	Lauro Conde Gómez
244	Rosa María Ortega de Conde
245	José Conde
246	Francisco Ortega
247	Victoria Ortega
248	Piteco
249	Abigaíl Silva
250	José Luis Tapia
251	Ángel Sarmiento
252	Carlos Bendímez Serrano
253	Fidel Salcedo Yáñez
254	Luis Pliego Cervantes
255	César Rodríguez Chicharro
256	Martín Quirarte
257	Luz Castañeda de Quirarte
258	Ignacio Quirarte

- 259 Juan González
- 260 Ana Velázquez de González
- 261 Wulfrano González
- 262 Joaquina Olivares de González
- 263 Jesús Arriaga Padilla
- 264 David Arriaga
- 265 Jorge López Medel
- 266 Francisco Cervantes
- 267 Miguel Ángel Ongay
- 268 Severino Salazar Muro
- 269 Rafael Velazco

espina del tiempo

Antología personal

de José Francisco Conde Ortega, se terminó de imprimir en noviembre de 2013, en los talleres gráficos de Diseño e Impresión, S.A. de C.V., con oficina en Otumba núm. 501-201, colonia Sor Juana Inés de la Cruz, Toluca, Estado de México, C.P. 50040. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica

Gandhi Serif y *Sans*, de Gabriela Varela, David Kimura, Cristóbal Henestrosa y Raúl Plancarte. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Juan Carlos Cué. Formación: Angélica Sánchez

Vilchis. Portada: Juan Carlos Cué. Cuidado de la edición: Elisena Ménez Sánchez, Marco Antonio Manjarrez Medina y el autor. Supervisión en imprenta: Angélica Sánchez Vilchis. Editor responsable: Félix Suárez.

